

Junio 1^o
70

12270

28-2^a (bis)

BIBLIOTECA ESPECIAL É INSTRUCTIVA DE LUIS JAYME.

VEINTE MIL LEGUAS
DE VIAJE SUBMARINO,
POR JULIO VERNE.

ÚNICA TRADUCCION EN ESPAÑA,
POR D. VICENTE GUIMERA.

58 pliegos de 4x tamaño que se

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS. *completa*

Entregas 61762

MADRID.

BIBLIOTECA ESPECIAL É INSTRUCTIVA
DE D. LUIS JAYME.
FOMENTO, 6, BAJO.

BUENOS-AIRES.

EN LA ADMINISTRACION DE EL SIGLO ILUSTRADO,
CENTRO DE SUSCRICION DE D. RAMON ESPASA.
CORRIENTES, 294.

1870.

L47
3519

BIBLIOTECA ESPECIAL E INSTRUCTIVA DE LOS JAJEN.

VEINTE MIL LEGUAS
DE VIAJE SUBMARINO.

POR JULIO VERNE.

UNICA TRADUCCION EN ESPAÑA.

POR D. TORIBIO GIMBERA.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.

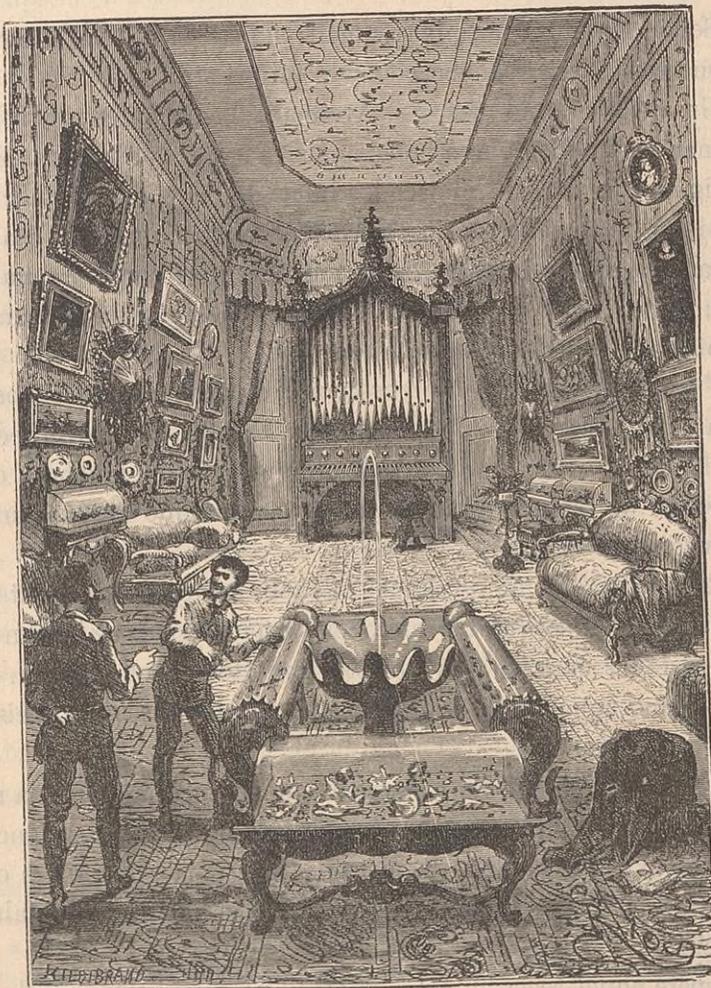
Entreos

BUENOS-AIRES
EN LA ADMINISTRACION DE EL SEÑOR LEYERLE
CALLE DE MONTE DE PASEO DE LOS REYES
QUINTA 204

1870

MADRID
BIBLIOTECA ESPECIAL E INSTRUCTIVA
DE LOS JAJEN
TORRENT, 8. a. c.

los maestros antiguos estaban representadas por una madona de Rafael, una vírgen de Leonardo de Vinci, una ninfa del Corregio, una mujer del Ticiano, una adoracion del Veronés, una asuncion de Murillo, un retrato de Holbein, un fraile de Velazquez, un mártir de Rivera, dos paisajes flamencos de Teniers, tres cuadros del género



Gerardo Dow, Metsu y Pablo Pytter, dos lienzos de Géricault y de Prud'hon, algunas marinas de Backuysen y de Vernet. Entre las obras de pintura moderna aparecian cuadros firmados por Delacroix, Ingres, Decamp, Troyon, Meissonier, etc. Algunas admirables reducciones de estatuas de mármol ó de bronce, segun los modelos

más bellos de lo antiguo, figuraban sobre pedestales en los ángulos de aquel magnífico museo. Ya comenzaba á embargar mi ánimo el estupor que me habia vaticinado el jefe del *Nautilus*.

—Señor profesor, dijo entónces aquel hombre extraordinario; me excusareis la franqueza con que os recibo, y el desórden que reina en este salon.

—Señor capitan Nemo, le respondí; sin tratar de averiguar quién sois, me permitireis reconocer en vos un artista?

—Un aficionado no más, Sr. Aronnax. Tenía ántes gusto en coleccionar esas bellas obras creadas por la mano del hombre. Era un investigador ávido, un rebuscador infatigable, y pude reunir algunos objetos de elevado precio. Son los últimos recuerdos de esa tierra muerta para mí. Vuestros artistas modernos los considero ya como viejos; tienen dos ó tres mil años de existencia, y los confundo en mi espíritu. Los maestros no tienen edad.

—Y esos músicos? le dije enseñándole partituras de Weber, de Rossini, de Mozart, de Beethoven, de Haydn, de Meyerbeer, de Herold, de Wagner, de Auber, de Gounod y otros muchos, esparcidas sobre un piano-órgano de gran modelo, que ocupaba uno de los lienzos del salon.

—Esos músicos, me respondió el capitan Nemo, son contemporáneos de Orfeo, porque las diferencias cronológicas se borran en la memoria de los muertos, —y yo estoy muerto, señor profesor, —tan muerto como aquellos de vuestros amigos que descansan seis piés debajo de tierra.

El capitan Nemo calló y pareció sumido en una profunda meditacion. Lo contemplé vivamente conmovido, analizando silenciosamente las extrañezas de su fisonomía. Puesto de codos sobre el ángulo de una preciosa mesa de mosaico, no me veia, y olvidaba mi presencia.

Respeté aquel recogimiento, y continué inspeccionando las curiosidades que enriquecian el salon.

Junto á las obras de arte, las curiosidades naturales ocupaban un lugar importantísimo. Consistian principalmente en plantas, conchas y otros productos del Océano, que debian ser hallazgos personales del capitan Nemo. En medio del salon, un surtidor de agua, eléctricamente alumbrado, volvía á caer sobre un pilon formado por

una sola tridacnia. Esta concha, perteneciente al mayor de los moluscos acéfalos, medía en sus bordes, delicadamente festoneados, una circunferencia de seis metros, sobrepujando en tamaño aquellas famosas tridacnias regaladas á Francisco I por la República de Venecia, y que figuran como pilas de agua bendita en la iglesia de San Sulpicio en París.

Alrededor del pylon, y dentro de elegantes escaparates fijados con armaduras de laton, estaban clasificados y rotulados los productos más preciosos del mar que jamás han podido exponerse á las miradas de un naturalista. Fácil es concebir cuál sería mi regocijo de profesor.

Ofrecian los zoófitos ¹ curiosísimos ejemplares de los dos grupos de pólipos y equinodermos. En el primer grupo habia tubíporos, gorgonias dispuestas en abanico, esponjas suaves de Siria, ísis de las Molucas, pennátulas, una virgular admirable de los mares de Noruega, ombelularias variadas, alcionarias, una serie completa de aquellas madréporas que mi maestro Milne Edwards ha clasificado hábilmente en secciones, y entre las cuales observé adorables flabelinas, oculinas de la isla de Borbon, el *carro de Neptuno* de las Antillas, soberbias variedades de corales; y, por último, todas las especies de esos curiosos políperos cuyo conjunto forma islas enteras, que serán un dia continentes. Entre los equinodermos, notables por su cubierta espinosa, habia asterias, estrellas de mar, pantacrinas, comátulas, asterofontes, ursinos, holoturias, etc., lo cual representaba la coleccion completa de los individuos del grupo.

Un conchiliólogo algo nervioso se hubiera pasmado ciertamente

¹ Esta voz tiene la significacion de animales-plantas. Segun la clasificacion de Cuvier, es la cuarta ramificacion de los animales radiados. Los zoófitos se asemejan á los vegetales, y hasta ofrecen muchos de ellos puntos de contacto con el reino mineral. Tienen los unos tronco, ramas y una especie de florescencia, que es donde aparece la verdadera vida animal, representada por una multitud de pequeños seres vivientes que tienen la facultad de moverse espontáneamente. Estos zoófitos suministran al hombre dos productos muy apreciados y de bien distinta contestura, á saber: las esponjas y el coral. Hay numerosas especies, muy diversas por sus formas y por su crecimiento, y se clasifican con el nombre de pólipos. Otros zoófitos pertenecientes al grupo de equinodermos no aparecen arraigados ni ofrecen la forma arborecente, sino que gozan de movimientos voluntarios, y tienen vida individual; pero afectan formas muchas veces regulares, simétricas y radiadas, esto es, con púas ó expansiones coriáceas. (*N. del T.*)

delante de otros escaparates más numerosos donde existían muestras de la ramificación de los moluscos. Había una colección de inestimable valor, para cuya descripción entera me faltaría tiempo. Entre estos productos citaré, para memoria, —el elegante martillo real del Océano de las Indias, cuyas manchas regulares blancas resaltaban vivamente sobre un fondo encarnado y pardo; —un espóndilo imperial, de colores vivos, erizado de espinas, ejemplar raro en los museos europeos, y cuyo valor calculé en veinte mil francos; —un martillo común de los mares de Nueva Holanda, que es difícil obtener; —unas pechinas exóticas del Senegal, frágiles conchas blancas de dos valvas, que un soplo podía disipar como burbujas de jabón; —diversas variedades de regaderas de Java, especie de tubos calcáreos orlados de repliegues foliáceos y muy disputados por los aficionados; —toda una serie de trocos, los unos amarillos verdosos, pescados en los mares de América, los otros de un pardo rojizo, amigos de las aguas de Nueva Holanda, procedentes algunos del golfo de Méjico, y notables por su concha imbricada, no faltando algunos estelarios hallados en los mares australes, y últimamente, el más raro de todos, el magnífico espolón de la Nueva Celandia; —después admirables telinas sulfuradas, preciosas especies de citeréas y de vénus, el cuadrante trencillado de las costas de Tanquebar, la galocha marmórea de nácar resplandeciente, los papagayos verdes de los mares de la China, el cono casi desconocido del género *Cænodulli*; todas las variedades de porcelanas que sirven de moneda en la India y el África; la *gloria del mar*, que es la más preciosa concha de las Indias orientales; y, por último, litorinas, delfínulas, turrítelas, jantinas, óvulas, volutas, olivas, mitras, cascós, púrpuras, bocinas, arpas, rocas, tritones, coritas, husos, estrombos, pteróceros, patelas, hialas, cleóдорas, conchas delicadas y frágiles que la ciencia ha bautizado con los nombres más halagüeños.

Aparte, y en compartimentos especiales, se desenvolvían sartas de perlas de la mayor belleza, que la luz eléctrica salpicaba con chispas de fuego; perlas rosadas, sacadas de las ostras-peñas del mar Rojo; perlas verdes del hialótide iris; perlas amarillas, azules, negras; curiosos productos de diversos moluscos de todos los océanos, y de ciertas almejas de los ríos del Norte; y últimamente,

varios ejemplares de inestimable precio destilados por las más raras pintadinas. Algunas de estas perlas excedían en magnitud á un huevo de paloma, y valían más que la vendida por el viajero Tavernier al schah de Persia por tres millones de francos, y áun superaban la del imán de Mascate, que yo tenía por sin igual en el mundo.

Así pues, reducir á guarismo el valor de aquella coleccion era, por decirlo así, imposible. El capitan Nemo habia debido gastar muchos millones para adquirir aquellas variadas muestras, y discurría yo de dónde sacaría lo necesario para satisfacer sus caprichos de coleccionador, cuando fuí interrumpido por estas palabras:

—Estais examinando mis conchas, señor profesor. En efecto, pueden interesar á un naturalista; pero tienen para mí un encanto mayor, y es que las he recogido todas con mi mano, no habiendo un solo mar del Globo que se haya librado de mis pesquisas.

—Comprendo, capitan, comprendo ese placer de pasearos en medio de tanta riqueza. Sois de aquéllos que han formado por sí mismos sus tesoros. Ningun museo de Europa posee semejante coleccion de los productos del Océano. Pero si mi admiracion aquí se agota, qué me restará para el buque que todo esto contiene? No quiero penetrar secretos que os pertenecen. Confieso, con todo, que la fuerza motriz encerrada en este *Nautilus*, los aparatos que permiten maniobrarlo, el agente poderoso que le anima, todo esto excita en el mayor grado mi curiosidad. Veo suspendidos en el muro del salon unos instrumentos cuyo destino me es desconocido. ¿Puedo saber?....

—Sr. Aronnax, me respondió el capitan Nemo; os he dicho que á bordo estaríaís libre, y, por consiguiente, no os está vedada ninguna parte del *Nautilus*. Podeis visitarlo detalladamente, y tendré un verdadero placer en servirlos de guía.

—Yo no sé cómo agradecerlo, pero no abusaré de vuestra complacencia. Os preguntaré tan sólo para qué sirven esos instrumentos de física.....

—Señor profesor, esos mismos instrumentos se encuentran en mi cámara, y allí tendré el honor de explicaros su uso. Pero ántes venid á visitar el camarote que os ha sido destinado. Debeis saber cómo estareis instalado á bordo del *Nautilus*.

Seguí al capitan Nemo, quien, por una de las puertas abiertas

en cada esquina ochavada del salon, me hizo entrar en los corredores del buque. Me condujo á la parte anterior, y allí encontré, no un camarote, sino una pieza elegante, con cama, tocador y otros diferentes muebles.

No pude ménos de darle expresivas gracias.

—Vuestro cuarto, me dijo abriendo una puerta, está contiguo al mio, y éste comunica con el salon de donde acabamos de salir.

Entré en la cámara del capitán, la cual tenía un aspecto severo y casi cenobítico. Un catre de hierro, una mesa de despacho y algunos muebles de tocador, todo alumbrado por una media luz, y nada de confortable, lo estrictamente necesario, y nada más.

El capitán Nemo me señaló un asiento.

—Tened la bondad de sentaros, dijo.

Me senté, y tomó la palabra en estos términos:

Luis Jacome

CAPÍTULO XII.

TODO POR LA ELECTRICIDAD.

—Señor profesor, dijo el capitán Nemo, enseñándome los instrumentos suspendidos en las paredes; esos son los aparatos necesarios para la navegación del *Nautilus*. Aquí, como en el salón, están siempre á la vista, y me indican la situación que tengo y la dirección exacta que sigo en medio del Océano. Los unos ya los conocéis, como el termómetro que acusa la temperatura interior del *Nautilus*; el barómetro, que pesa el aire y predice los cambios de tiempo; el higrómetro, que marca el grado de sequedad de la atmósfera; el storm-glass, cuya mezcla, cuando se descompone, anuncia la proximidad de las tempestades; la brújula, que dirige mi camino; el sextante, que por la altura del sol me indica la latitud en que me encuentro; los cronómetros, que me permiten calcular la latitud; y en fin, los anteojos de día y los de noche, que me sirven para examinar á fondo todos los puntos del horizonte, cuando el *Nautilus* sube á la superficie de las aguas.

—Son los instrumentos habituales del navegante, respondí, y conozco su uso. Pero ahí teneis otros, que sin duda responden á las particulares exigencias del *Nautilus*. Este cuadrante que advierto, y que va recorriendo una aguja movable, no es un manómetro?

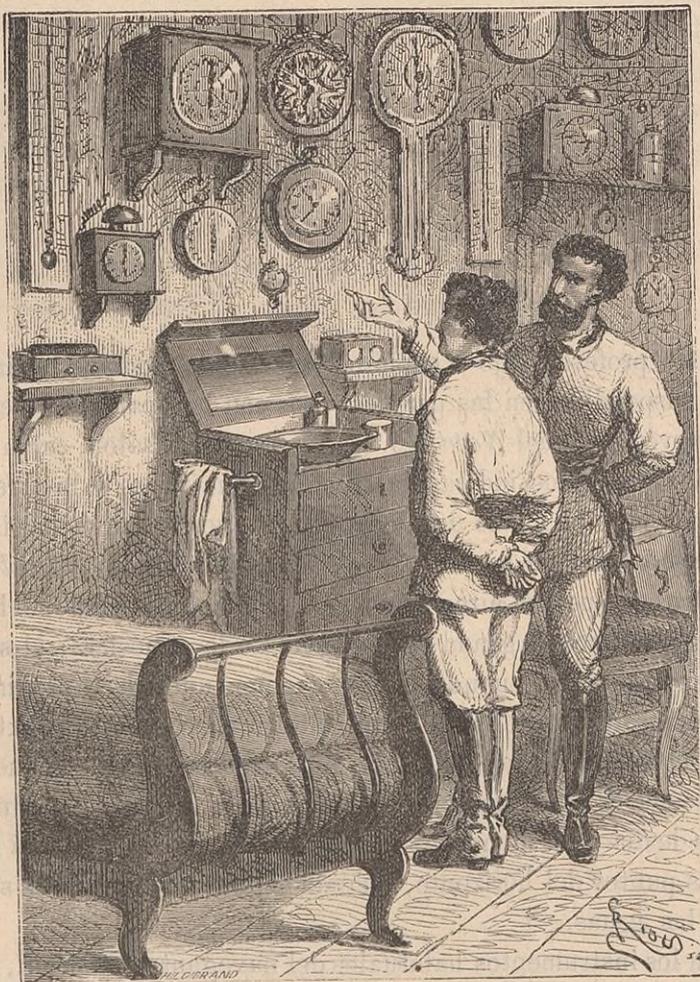
—Efectivamente, es un manómetro. Pero comunica con el agua, indicando su presión exterior, y dándome á conocer á qué profundidad se mantiene mi aparato.

—Y estas sondas de nueva especie?

—Son termométricas, y me revelan la temperatura que reina en las diferentes capas de agua.

—Y esos otros instrumentos cuyo empleo no comprendo?

—Sobre esto, señor profesor, debo daros algunas explicaciones, dijo el capitán Nemo. Dignaos escucharme.



Guardó silencio durante algunos instantes, diciendo luego:

—Existe un agente poderoso, obediente, rápido, fácil, que se adapta á todos los usos, y que reina como dueño en mi bordo. Todo se ejecuta por él. Me ilumina, me calienta, es el alma de mis aparatos mecánicos. Este agente es la electricidad.

—La electricidad! exclamé bastante sorprendido.

—Sí señor.

—Sin embargo, capitán, poseéis una excesiva rapidez de movimientos que concuerda mal con el poder de la electricidad. Hasta ahora su potencia dinámica es de muy poca consideración, y nunca ha podido producir más que pequeñas fuerzas.

—Señor profesor, respondió el capitán Nemo; mi electricidad no es la de todo el mundo, y esto es cuanto me permitireis que os diga.

—No insistiré, caballero, limitándome á extrañarme mucho de semejante resultado. Permitidme una sola pregunta, sin embargo, á la que no contestareis si es indiscreta. Los elementos que empleais para producir este maravilloso agente deben gastarse pronto. Por ejemplo, ¿cómo reemplazais el zinc no conservando ya ninguna comunicacion con la tierra?

—Vuestra pregunta tendrá su respuesta, contestó el capitán Nemo. Os diré primeramente que en el fondo de los mares existen minas de zinc, de hierro, de plata, de oro, etc., cuya explotacion podria ciertamente practicarse. Pero no he tomado nada de estos metales terrestres; he querido pedir al mismo mar los medios de producir mi electricidad.

—Al mar?

—Sí, señor profesor; y no me faltaban los medios. Habria podido efectivamente, estableciendo un circuito entre hilos sumergidos á diversas profundidades, obtener la electricidad por la distinta temperatura que experimentasen; pero he preferido emplear un sistema más práctico.

—Cuál?

—Ya sabeis de qué se compone el agua del mar. En mil gramos se hallan noventa y seis y medio centésimos de agua y dos centésimos dos tercios próximamente de cloruro de sodio; luego, en cantidades pequeñas, cloruros de magnesio, de potasio, de bromuro de magnesio, de sulfato de magnesia, de sulfato y de carbonato de cal. Ya veis, pues, que el cloruro de sodio se encuentra allí en notable proporcion, y le extraigo del agua del mar componiendo de él mis elementos.

—El sodio?

—Sí señor. Mezclado con el mercurio, forma una amalgama que hace las veces del zinc en los elementos Bunsen. El mercurio no se

gasta nunca. Sólo el sodio se consume, y el mar me lo suministra. Os diré, además, que las pilas de sodio deben ser consideradas como las más enérgicas, y que su fuerza electromotriz es doble de la de las pilas de zinc.

—Comprendo perfectamente, capitán, la excelencia del sodio en las condiciones en que os encontráis. La mar le contiene, es verdad; pero es preciso también fabricarle, extraerle, en una palabra. Y ¿cómo lo hacéis? Vuestras pilas podrían evidentemente servir para esta extracción; pero, si no estoy engañado, sobrepujaría el gasto del sodio que consumirían los aparatos eléctricos á la cantidad extraída. Sucedería pues que consumiríais, para producirlo, más de lo que produciríais.

—Por eso, señor profesor, no me valgo de la pila para extraerlo, y empleo sencillamente el calor del carbon de piedra.

—De tierra? dije yo insistiendo.

—Digamos de carbon de mar, si lo quereis así, respondió el capitán Nemo.

—Y podeis explotar las minas submarinas de hulla?

—Señor Aronnax, me vereis en la tarea. Sólo os pido un poco de paciencia, puesto que teneis tiempo para ser paciente. Recordad solamente esto: todo lo debo al Océano: produce la electricidad, y la electricidad da al *Nautilus* el calor, la luz, el movimiento, la vida en una palabra.

—Pero nó el aire que respirais!

—Oh! podría fabricar el aire necesario á mi consumo; pero es inútil, puesto que subo á la superficie del mar cuando me parece. Á pesar de todo, si la electricidad no me suministra el aire respirable, da movimiento por lo ménos á las poderosas bombas que lo almacenan en los receptáculos especiales, lo cual me permite prolongar cuando es necesario, y por tanto tiempo como quiero, mi morada en las capas profundas.

—Capitán, respondí, lo admiro. Es evidente que habeis hallado lo que los hombres encontrarán algun dia: la verdadera potencia dinámica de la electricidad.

—No sé si la encontrarán, respondió friamente el capitán Nemo. De cualquier manera que sea, ya conoceis la primera aplicacion que he hecho de ese precioso agente. Él es el que nos ilumina con una

igualdad y una continuidad que no tiene la luz del sol. Mirad ahora este reloj: es eléctrico, y señala la hora con una regularidad que envidiarían los mejores cronómetros. Le he dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos, porque no existiendo para mí ni noche ni día, ni sol ni luna, sino solo esa luz ficticia que arrastro hasta el fondo de los mares, me explica mejor las cosas. Mirad: en este momento son las diez de la mañana.

—Perfectamente.

—Otra aplicacion de la electricidad. Ese cuadrante, colocado delante de nosotros, sirve para indicar la velocidad del *Nautilus*. Un hilo eléctrico le pone en comunicacion con el hélice, y su aguja me indica la marcha real del aparato: en este momento caminamos con una velocidad moderada de quince millas por hora.

—Es maravilloso, respondí; y ya veo, capitán, que habeis hecho muy bien empleando ese agente, que está destinado á reemplazar al viento, al agua y al vapor.

—No hemos acabado aún, señor Aronnax, dijo el capitán Nemo levantándose; y, si os dignais seguirme, visitaremos el *Nautilus*.

Conocia ya, en verdad, toda la parte anterior de aquel buque submarino, cuya division exacta, yendo del centro al espolon, era esta: el comedor, de unos cinco metros, separado de la biblioteca por un tabique de madera impermeable, es decir, que no podia ser penetrado por el agua; — la biblioteca, de cinco metros; — el gran salon, de diez metros, separado de la cámara del capitán por otro tabique de madera tambien impermeable. Esta cámara tenia cinco metros, la mia dos y medio, y por fin un receptáculo de aire de siete metros y medio, lo que en total hacia treinta y cinco metros de largo. Los tabiques de madera impermeables tenian sus puertas, que se cerraban herméticamente por medio de obturadores de goma elástica, que aseguraba todo á bordo del *Nautilus* en el caso de que se hubiera declarado una vía de agua.

Seguí pues al capitán Nemo, y llegué al centro del navío. Hallábase allí una especie de pozo que se abria en dos compuertas de madera impermeable. Una escala de hierro incrustada en la pared conducia á su extremidad superior. Pregunté al capitán para qué servia aquella escala.

—Conduce á la canoa, me respondió.

—Cómo! teneis una canoa? repliqué sin volver de mi asombro.

—Sin duda alguna; una excelente embarcacion, ligera é insubmersible, que sirve para pasear y para pescar.

—Pues entónces, cuando querais embarcaros, os vereis obligado á ir á la superficie del mar.

—De ninguna manera. La canoa va adherida á la parte superior del casco del *Nautilus*, y ocupa una cavidad dispuesta *exprofeso* para recibirla. Está dispuesta de manera que sea impermeable, y amarrada por sólidas cadenas. Esa escala conduce á un agujero abierto en el casco del *Nautilus*, y que corresponde á otro exactamente igual, por donde puede pasar un hombre, practicado al costado de la canoa. Por esta doble abertura me introduzco en la embarcacion: se cierra una, la del *Nautilus*; cierro yo la otra, la de la canoa, por medio de tornillos de presion; doy suelta á las cadenas, y la embarcacion sube casi instantáneamente á la superficie del mar. Despues abro la escotilla del puente, cuidadosamente cerrada hasta entónces; pongo el mástil, izo mi vela ó tomo los remos, y me paseo.

—Pero cómo volveis á bordo?

—No vuelvo yo; es el *Nautilus*, señor Aronnax, el que vuelve.

—Obedeciendo vuestras órdenes?

—Sí, mis órdenes; porque, unido con un hilo eléctrico que me pone en comunicacion con él, expido un telégrama, y esto basta.

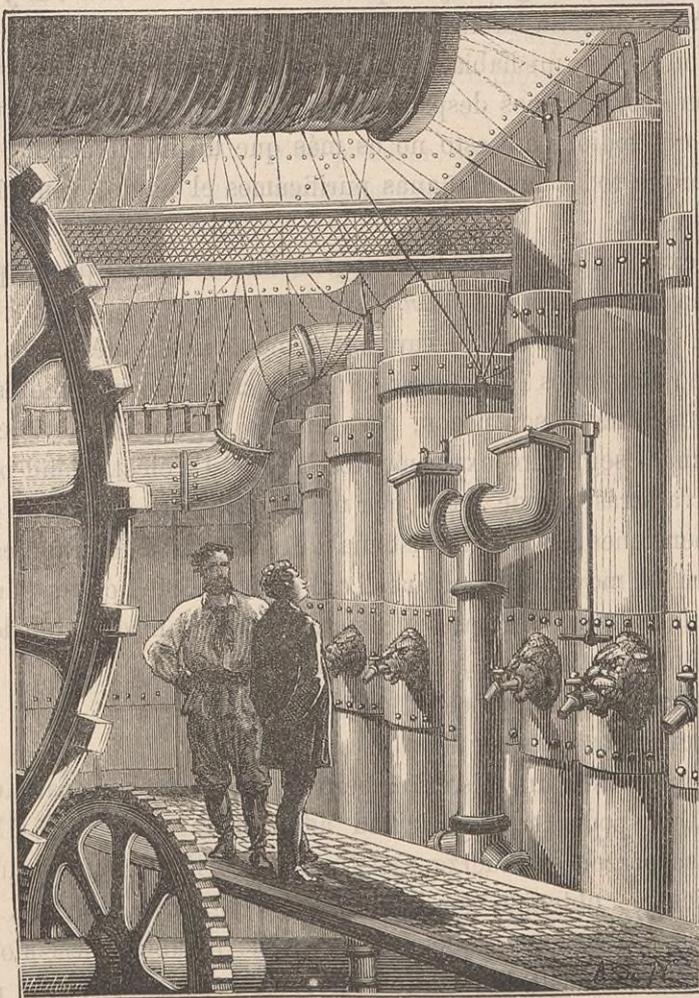
—Efectivamente, dije, asustado por tantas maravillas; eso es muy sencillo.

Despues de haber pasado el hueco de la escalera que conducia á la plataforma, vi una jaula como de dos metros, en la cual Consejo y Ned-Land, muy alegres con su comida, se entretenian en devorarla. Luégo se abrió una puerta que daba á la cocina, situada en la parte inferior de bordo, y que tendria unos tres metros.

Allí la electricidad, más enérgica y más obediente que el gas mismo, hacía los gastos de la cocion. Algunos hilos que llegaban bajo las hornillas comunicaban á esponjas de platino un calor que se distribuía y se mantenía con regularidad. Calentaba tambien aparatos destilatorios, que por evaporacion suministraban excelente agua potable; y próximo á esta cocina se hallaba una sala de baño,

dispuesta con todo lo que podia hacerla confortable, y con llaves que á voluntad proporcionaban agua fria ó agua caliente.

Detras de la cocina estaba el sitio destinado á la tripulacion, y que ocupaba cinco metros; pero la puerta estaba cerrada y no pude ver los muebles, que me hubieran quizá dado la idea del número de hombres que necesitaba el *Nautilus* para las maniobras.



En el fondo habia un cuarto tabique de madera, impermeable como todos los demas, que separaba este puesto del cuarto de las máquinas. Se abrió una puerta, y me encontré repentinamente en aquel departamento donde el capitan Nemo, ingeniero de primer

orden seguramente, habia dispuesto sus aparatos de locomocion.

El cuarto de las máquinas, sencillamente alumbrado, no medía ménos de veinte metros de longitud. Estaba dividido naturalmente en dos partes; conteniendo la primera los elementos que producian la electricidad, y la segunda el mecanismo que trasmitia el movimiento al hélice.

Quedé desde luégo muy sorprendido al notar el olor *sui generis* que llenaba aquella habitacion. Apercibióse el capitán Nemo de la impresion que en mí habia producido, y me dijo:

—Son éstos algunos desprendimientos de gas producidos por el empleo del sodio; pero esto no es más que un inconveniente pasajero, porque todas las mañanas purificamos el navío, ventilándole perfectamente.

Yo examinaba entretanto con gran interes, como puede presumirse, la maquinaria del *Nautilus*.

—Ya lo veis, me dijo el capitán Nemo; empleo elementos Bunsen, y no elementos Ruhmkorff, que hubieran sido impotentes. Los elementos Bunsen son pocos, pero fuertes y grandes, lo que vale mucho más, segun los experimentos hechos. La electricidad producida se va atras, donde actúa, por medio de electro-imanés de grandes dimensiones, sobre un sistema de palancas y engranajes que trasmiten el movimiento al árbol del hélice. Éste, cuyo diámetro es de seis metros, y el paso de siete metros y medio, puede dar hasta ciento veinte vueltas por segundo.

—Y entónces qué velocidad obtendreis?

—Cincuenta millas por hora.

Habia en esto un misterio; pero no quise insistir para conocerle. Cómo podia la electricidad adquirir tal potencia? ¿Dónde tomaba su origen esa fuerza casi ilimitada? ¿Era acaso en su tension excesiva, obtenida por bobinas de una nueva especie? ¿Era acaso en su trasmision, que un sistema de palancas desconocidas podia aumentar hasta lo infinito¹? Esto es lo que yo no me podia explicar.

¹ Y precisamente se habla de un descubrimiento de este género, en el cual, por medio de un nuevo juego de palancas, se producen considerables fuerzas. ¿Se ha encontrado por ventura el inventor de ese sistema con el capitán Nemo? (J. W.)

Luis Jayme

—Capitan Nemo, dije; voy á hacer constar los resultados, y no procuro explicarlos. He visto maniobrar el *Nautilus* delante del *Abraham-Lincoln*, y sé á qué atenerme respecto á su velocidad; pero no basta ir de prisa; se necesita ver adónde se va; se necesita tener medios de dirigirse á la derecha, á la izquierda, arriba y abajo. ¿Cómo llegais á las grandes profundidades, donde teneis que encontrar una resistencia que se valúa por cientos de atmósferas? ¿Cómo volveis á subir á la superficie del Océano? Finalmente, ¿cómo os manteneis en el sitio que os conviene? ¿Seré indiscreto preguntándoos estas cosas?

—De ninguna manera, señor profesor, me respondió el capitan despues de titubear algunos instantes, puesto que no debeis abandonar nunca este buque submarino. Venid al salon; es nuestro gabinete de trabajo, y allí sabreis todo lo que debeis saber respecto al *Nautilus*.

CAPÍTULO XIII.

ALGUNOS GUARISMOS.

Un instante despues nos hallábamos sentados en un divan del salon, fumando un cigarro. El capitán presentó á mi vista un dibujo donde se podia observar el plano, corte y elevacion del *Nautilus*. Despues comenzó su disertacion en estos términos:

—Hé aquí, Sr. Aronnax, las dimensiones del buque en que vamos navegando. Es un cilindro muy prolongado, de extremos cónicos. Semeja sensiblemente á un cigarro en su forma, que ha sido ya adoptada en Lóndres en algunas construcciones del mismo género. La longitud de este cilindro, de extremo á extremo, es exactamente de setenta metros, y su diámetro en su mayor anchura es de ocho metros. No está pues construido como vuestros vapores de marcha rápida, pero sus líneas son suficientemente largas y su calado bastante prolongado para que el agua desplazada se escape perfectamente y no ponga obstáculo alguno á su marcha.

»Estas dos dimensiones permiten obtener por un solo cálculo el conocimiento de la superficie y del volúmen del *Nautilus*. Su superficie comprende mil once metros cuadrados y cuarenta y cinco centésimas; su volúmen, mil quinientos metros cúbicos y dos décimas; lo que quiere decir que, enteramente sumergido, desplaza ó pesa mil quinientos metros cúbicos ó toneladas.

»Cuando hice los planos de este navío destinado á la navegacion submarina, quise que, en equilibrio dentro del agua, sumergiese nueve décimas partes, y que dejase visible un décimo sola-

mente. Por consecuencia, en estas condiciones no debía desplazar más que las nueve décimas partes de su volúmen, ó sean mil trescientos cincuenta y seis metros cúbicos y cuarenta y ocho centésimos; es decir, que no debía pesar más que este número de tonela-



das. He tenido pues que ceñirme á que no pasara de este peso, construyéndole segun las dimensiones susodichas.

»El *Nautilus* se compone de dos departamentos cerrados, uno interior, otro exterior, reunidos entre sí por hierros en T que dan á este aparato una extrema rigidez. Efectivamente, en virtud de esta disposicion celular, resiste como una masa maciza. Sus bordes no

pueden ceder, pues se adhieren por sí mismos, no por las tablas que sujetas con clavazon le rodean; y la homogeneidad de su construcción, debida á la perfecta colocación de los materiales, le permite desafiar los mares más violentos y encrespados.

» Estos dos departamentos están contruidos de acero en placas, cuya densidad, con relacion al agua, es de siete, ocho décimos. El primero no tiene ménos de cinco centímetros de espesor, y pesa trescientas noventa y cuatro toneladas noventa y seis centésimas. El segundo, la quilla, alta de cincuenta centímetros y ancha de veinticinco, que pesa por sí sola sesenta y dos toneladas; la máquina, el lastre, los diversos accesorios y mueblaje, los tabiques de madera y los apoyos de las vergas interiores pesan novecientas sesenta y una toneladas sesenta y dos centésimas; que, agregadas á las otras, forman el total exigido de mil trescientas cincuenta y seis toneladas cuarenta y ocho centésimas. Lo habeis entendido?

—Sí, quedo enterado, respondí.

—Así pues, repuso el capitan, cuando el *Nautilus* se halla á flote en condiciones tales, tiene en seco una décima parte de su superficie; y si yo he hallado medio de disponer receptáculos de una capacidad igual á esa décima parte, ó sea de una cabida de ciento cincuenta toneladas y cincuenta y dos centésimas, llenándolas de agua, el buque desplazará mil quinientas siete toneladas, ó las pesará, y quedará completamente sumergido. Hé aquí lo que sucede, señor profesor. Esos receptáculos existen en la parte inferior del *Nautilus*, y por medio de llaves se cierran, sumergiéndose el barco, que queda entre dos aguas.

—Está bien, capitan; pero aquí llegamos á la verdadera dificultad. Que podais quedar bajo la superficie del Océano, lo comprendo; pero más abajo, descendiendo algunos metros de esa superficie, ¿no va vuestro aparato submarino á encontrar una presión y á sufrir por esto mismo un empuje de abajo á arriba, que debe valuarse en una atmósfera por treinta piés de agua, sea próximamente un kilogramo por cada centímetro cuadrado?

—Exactamente, caballero.

—Luego, á ménos que no lleneis el *Nautilus* por completo, convirtiéndole en un sólido, no veo cómo vais á conseguir arrastrarle al seno de las masas líquidas.

—Señor profesor, respondió el capitán Nemo; conviene no confundir la estática con la dinámica, pues pudiera uno incurrir en errores muy graves. Se necesita gastar muy poco trabajo para llegar á las bajas regiones del Océano, porque los cuerpos tienen una tendencia á dejar de ser *flotantes*. Seguid mi razonamiento con cuidado y atencion.

—Ya os escucho, capitán.

—Cuando he querido determinar el aumento de peso que es preciso dar al *Nautilus* para mantenerle en inmersión, sólo he tenido que ocuparme de la reduccion del volúmen que el agua de mar experimenta á medida que sus capas llegan á estar más y más profundas.

—Eso es evidente, repuse.

—Luego, si el agua no puede decirse que sea absolutamente incompresible, la verdad es que es muy poco compresible; y efectivamente, segun los cálculos más recientes, esa deducción es sólo de cuatrocientas treinta y seis dieznillonésimas por atmósfera ó por cada treinta piés de profundidad. Se trata de ir á mil metros: tomo en cuenta entónces la reduccion del volúmen bajo una presión equivalente á la de una columna de agua de mil metros, es decir, bajo una presión de cien atmósferas. Esta deducción será entónces de cuatrocientas treinta y seis cienmilésimas. Tendria pues que aumentar el peso, de modo que pesara mil quinientas trece toneladas setenta y siete centésimas, en vez de mil quinientas siete toneladas y dos décimas. El aumento será, pues, seis toneladas cincuenta y siete centésimas.

—Sólo eso?

—Eso sólo, señor Aronnax; y el cálculo es muy fácil de hacer. Tengo tambien receptáculos suplementarios, capaces de embarcar cien toneladas, y puedo bajar á profundidades considerables. Cuando quiero volver á la superficie y ponerme á flor de agua, me basta vaciar estos receptáculos; y si lo hago por completo, quedará el *Nautilus* con la décima parte de su capacidad local en descubierto.»

Á estos razonamientos, apoyados por los números, nada tenía que objetar; pero le respondí, buscando soluciones satisfactorias.

—Admito vuestros cálculos, capitán, y haría muy mal en negarlos, puesto que la experiencia y la práctica les dan la razón diariamente; pero presiento ahora una dificultad formal.

—Qué dificultad, caballero?

—Cuando os hallais á mil metros de profundidad, las paredes del *Nautilus* sufren una presion de cien atmósferas; y si en ese momento quereis vaciar los receptáculos suplementarios, para aligerar vuestro buque y volver á la superficie, será preciso que las bombas venzan esa presion de cien atmósferas, equivalente á cien kilogramos por centímetro cuadrado. De aquí, pues, una potencia.....

—Que la electricidad sólo puede proporcionarme, se apresuró á decir el capitán Nemo. Os repito, amigo mio, que el poder dinámico de mis máquinas es casi infinito. Las bombas del *Nautilus* tienen una fuerza prodigiosa; y ya habeis debido observarlo cuando sus columnas de agua se han precipitado como un torrente sobre el *Abraham-Lincoln*. Por otra parte, sólo me sirvo de los receptáculos suplementarios para descender á profundidades médias de mil quinientos á dos mil metros; y eso con el objeto de no malgastar mis aparatos. Tambien, cuando tengo capricho de visitar las profundidades del Océano á dos ó tres leguas de la superficie, empleo maniobras más largas, pero no ménos infalibles.

—Y qué maniobras son, capitán? pregunté.

—Esto me lleva naturalmente á explicaros las maniobras del *Nautilus*.

—Grande es mi impaciencia por saberlo.

—Para dirigir este buque á estribor, á babor, para hacer evoluciones en una palabra, siguiendo un plano horizontal, me sirvo de un timon ordinario de ancha extremidad, fijo en la parte de atras, movido por una rueda y unas palancas. Pero puedo tambien mover el *Nautilus* de abajo á arriba y de arriba á abajo en un plano vertical, por medio de dos planos inclinados, unidos á sus costados sobre su centro de flotacion; planos móviles que pueden tomar todas las posiciones, y que se manejan desde el interior por medio de poderosas palancas. Estos planos quedan paralelos al buque; éste se mueve horizontalmente; y si se inclinan, el *Nautilus*, siguiendo la disposicion de esta inclinacion, y empujado por su hélice, ó se sumerge siguiendo una diagonal tan prolongada como me conviene, ó se remonta siguiendo esa misma diagonal. Si quiero volver más rápidamente á la superficie, sujeto el hélice, y la presion de las aguas hace subir verticalmente el *Nautilus*, como un globo

que, henchido de hidrógeno, se eleva rápidamente en la atmósfera.

—Bravo, capitán! exclamé. Pero ¿cómo puede seguir el timonel el camino que le marcais en medio de las aguas?

—Se halla colocado en una jaula de cristal que sobresale en la parte superior del departamento del *Nautilus*, y que está guarnecida de cristales lenticulares.

—Cristales capaces de resistir á tales presiones?

—Ya lo creo! el cristal, tan frágil cuando recibe golpes, ofrece con todo una resistencia considerable; y en los experimentos de pesca con luz eléctrica, hechos en 1864 en los mares del Norte, se han observado placas de esta materia que, teniendo el espesor de siete milímetros solamente, resistían á la presión de diez y seis atmósferas, dejando paso á poderosos rayos caloríficos que repartían desigualmente el calor. Ahora bien; los cristales de que yo me sirvo no tienen menos de veintinueve centímetros en su centro; es decir, treinta veces el espesor de aquéllos.

—Todo eso está bien, capitán Nemo; pero para ver se necesita que la luz disipe las tinieblas, y yo me devano los sesos sin atinar cómo en medio de la oscuridad de las aguas.....

—Detrás de la jaula del timonel se halla colocado un poderoso reflector eléctrico, cuyos rayos iluminan el mar á media milla de distancia.

—Ah! bravo, bravísimo, capitán! ahora me explico esa fosforescencia del pretendido *narval*, que tanto ha dado que pensar á los sabios. Y á propósito, quiero preguntaros si el choque del *Nautilus* y del *Scotia*, que tanto ruido metió, ha sido el resultado de un encuentro casual.

—Puramente fortuito, caballero. Navegaba á dos metros bajo la superficie cuando el choque, y vi por fortuna que no habia tenido resultado alguno de importancia.

—Es verdad, ninguno; pero en cuanto al encuentro con el *Abraham-Lincoln*.....

—Señor profesor, mucho lo siento, porque es uno de los mejores navíos de esa valiente marina americana; pero me atacaban y he tenido que defenderme. Á pesar de esto, me he limitado á dejar la fragata en estado de no poderme perjudicar; pero hallará medios de reparar con facilidad sus averías en el puerto más próximo.

—Ah, comandante! exclamé con entusiasmo; ciertamente que es un maravilloso buque vuestro *Nautilus*.

—Sí, señor profesor, respondió con verdadera emocion el capitán Nemo, y le amo como á la carne de mi carne. Si cuando se encierra uno en vuestros navíos, sometidos á los azares del Océano, comprende uno el peligro en que se encuentra; si en este mar la primera impresion es el sentimiento del abismo, como lo ha expresado tan bien el holandés Jansen, más abajo, y á bordo del *Nautilus*, el corazon del hombre nada tiene que temer. No hay deformacion posible, porque el doble casco de este buque tiene la rigidez del hierro; ninguna de esas maniobras, que tan necesarias se hacen, y que tanto fatigan por la agitacion de las aguas y el balanceo de los vientos; no hay velas que puedan hacer zozobrar la nave; no hay calderas que puedan estallar; no hay incendio que temer, puesto que el aparato está hecho de láminas de acero, y no de madera; no hay carbon que se agote, puesto que la electricidad es un agente mecánico; no tiene que temer choques, pues es el único que navega en las aguas profundas; no arrostra las tempestades, puesto que, descendiendo algunos metros, halla allí la calma y la tranquilidad más profunda. Hé aquí, amigo, hé aquí el navío por excelencia; y si es cierto que el ingeniero tiene ordinariamente más confianza en los buques que el constructor, y que el constructor tiene más que el capitán, comprendereis perfectamente qué confianza tendré yo en el *Nautilus*, siendo á la vez ingeniero, constructor y capitán.

El capitán Nemo hablaba con tal elocuencia, y habia en su mirada tal fuego y en su fisonomía tal pasion, que atraía y convencía, al mismo tiempo que le daban un aspecto deslumbrador. Sí, amaba á su buque como un padre ama á su hijo.

Pero una pregunta indiscreta quizá se planteaba naturalmente, y no pude contenerme.

—Sois acaso ingeniero, capitán Nemo?

—Sí, señor profesor; he estudiado en Lóndres, en París, en New-York, en aquellos tiempos en que era habitante de los continentes de la tierra.

—Pero ¿cómo habeis podido construir en secreto ese admirable *Nautilus*?

—Cada uno de sus trozos, amigo Aronnax, ha llegado con destino á mí desde un punto distinto del Globo, y bajo una denominacion disfrazada. Su quilla ha sido forjada en Creusot (Francia); su árbol de hélice en casa de Pen y Compañía, en Lóndres; las planchas de acero de su casco en casa de Leard, de Liverpool; su hé-



lice en casa de Scott, de Glasgow; sus receptáculos han sido fabricados por Cail y Compañía, de París; la máquina por Krupp, en Prusia; su espolon en los talleres de Motala, en Suecia; sus instrumentos de precision en casa de Art, hermanos, de New-York, etc.; y cada uno de estos señores ha recibido mis planos bajo diversos nombres.

—Pero, repuse, esos trozos así fabricados no servian aisladamente; era preciso montarlos y unirlos.

—Señor profesor, habia establecido mis talleres en un islote desierto en pleno Océano. Allí mis obreros, es decir, mis valerosos compañeros, á quienes habia instruido y educado al efecto, han acabado bajo mi direccion ese *Nautilus*, que debia servirnos de morada. Terminada la operacion, el fuego ha destruido toda huella de nuestro paso por aquel islote, que hubiese hecho volar de buena gana si hubiese podido.

—Construido de esa manera, habrá sido muy excesivo el precio de este buque.

—Señor Aronnax; un navío de hierro viene á costar mil ciento veinticinco francos por tonelada, y el *Nautilus* apénas si pasa de mil quinientos. Su valor total son dos millones, comprendiendo el mueblaje, y de cuatro á cinco millones con las obras de arte y collecciones que encierra.

—Aun debo preguntar otra cosa, capitan Nemo, si no me creéis impertinente.

—Decid, señor profesor.

—Sereis muy rico?

—Infinitamente rico; y sin mucha molestia podria pagar los doce mil millones de francos que debe la Francia.

Quedé aturdido y absorto mirando con fijeza al extravagante personaje que me hablaba en tales términos. ¿Abusaba de mi credulidad? El porvenir debia explicarme satisfactoriamente lo que entónces no comprendia, y responder á esta duda que se levantaba en mi ánimo.

Luis Jajme

CAPÍTULO XIV.

EL RIO NEGRO.

La porcion del Globo terrestre ocupada por las aguas puede evaluarse en tres millones ochocientos treinta y dos mil quinientos cincuenta y ocho miriámetros cuadrados, ó sean más de treinta y ocho millones de hectáreas. Esta masa líquida comprende dos mil doscientos cincuenta millones de millas cúbicas, y formaria una esfera de un diámetro de sesenta leguas, cuyo peso vendria á ser tres quintillones de toneladas. Y para formar idea de lo que es esa cantidad, se necesita decir que el quintillon es al millar lo que el millar á la unidad; es decir, que hay tantos millares en un quintillon como unidades en un millar. Luego esta masa líquida viene á ser casi la cantidad de agua que podrian verter todos los rios de la tierra por espacio de cuarenta mil años.

Durante las épocas geológicas, al período del fuego sucedió el período del agua. El Océano fué al principio universal; despues, poco á poco, en los tiempos silúreos, aparecieron las cimias de las montañas, quedaron en seco algunas islas, desaparecieron bajo diluvios parciales, volvieron á presentarse de nuevo, se soldaron, formaron continentes, y últimamente se fijaron las tierras tales como las vemos hoy. Lo sólido habia conquistado sobre lo líquido treinta y siete millones seiscientas cincuenta y siete millas cuadradas, ó sean doce mil novecientos diez y seis millones de hectáreas. La configuracion de los continentes permite dividir las aguas en cinco partes: el Océano Glacial Ártico, el Océano Glacial Antártico, el Océano Índico, el Océano Atlántico y el Océano Pacífico.

El Océano Pacífico se extiende del Norte al Sur entre los dos

círculos polares, y del Oeste al Este entre Asia y América, en una extensión de ciento cuarenta y cinco grados en longitud. Es el más tranquilo de los mares; sus corrientes son anchas y lentas, sus mareas no muy fuertes, sus lluvias abundantes. Tal era el Océano que mi destino me llamaba á recorrer desde luégo en las condiciones más extrañas.

—Señor profesor, me dijo el capitán Nemo; vamos, si quereis, á fijar exactamente nuestra posición y el punto de partida de este viaje. Son las doce ménos cuarto. Vamos á subir á la superficie.

El capitán comprimió tres veces un timbre eléctrico. Las bombas empezaron á echar el agua de sus receptáculos; la aguja del manómetro señaló, según las diferentes presiones, el movimiento ascensional del *Nautilus*; por fin se detuvo.

El capitán, que había observado atentamente, dijo:

—Hemos llegado por fin.

Me dirigí entónces á la escalera central, que iba á terminar en la plataforma. Subí los escalones de metal, y, abiertas las escotillas, llegué á la parte superior del *Nautilus*.

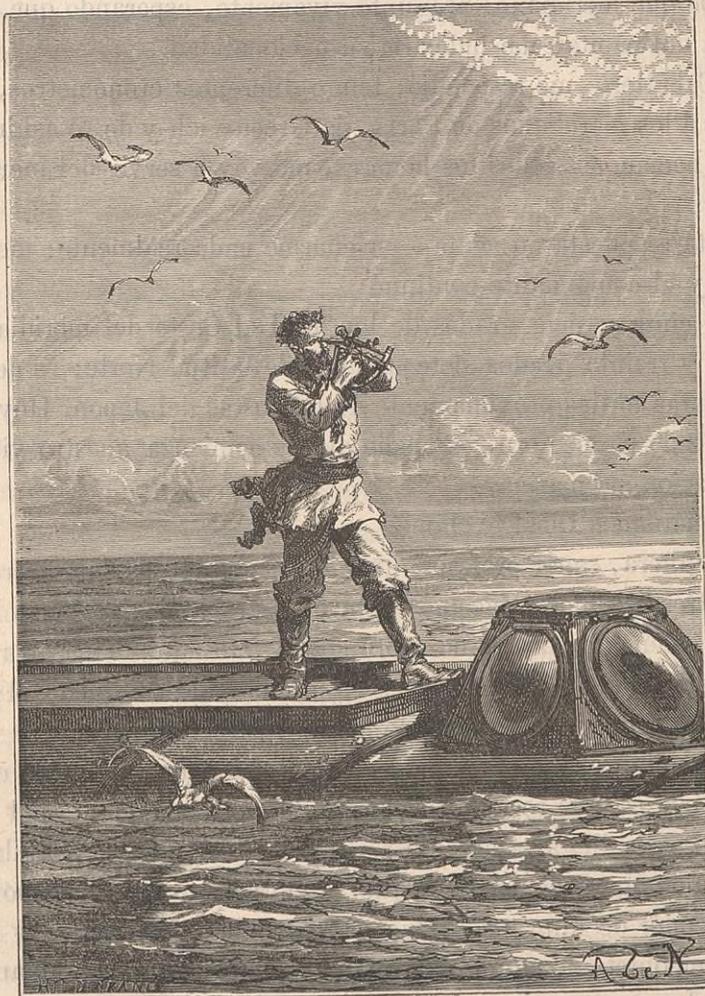
Había sólo descubiertos en la plataforma ochenta centímetros. La proa y la popa del *Nautilus* presentaban esa disposición fusiforme que precisamente le hacía comparable á un cigarro muy prolongado. Pude notar entónces que sus planchas de acero, perfectamente dispuestas, tenían mucho parecido con las escamas que revisten el cuerpo de los grandes reptiles terrestres. Así es como pude naturalmente explicarme que, á pesar de los mejores anteojos, hubiera sido siempre considerado aquel buque y confundido con un animal marino.

Hacia la mitad de la plataforma, la canoa, sujeta al casco del navío, formaba una ligera escrescencia. Á proa y á popa podían observarse dos especies de jaulas de mediana altura, de paredes inclinadas, y cerradas casi por espesos cristales lenticulares: una, destinada al timón que dirigía el *Nautilus*; encerraba la otra un poderoso fanal eléctrico que iluminaba su camino.

Magnífico estaba el mar, el cielo radiante. Apenas si el prolongado vehículo daba muestras de sentir las ondulaciones del Océano. Una ligera brisa del Este hacía rizarse apenas la superficie de las aguas. El horizonte, limpio de las brumas, dejaba ocasión para hacer observaciones.

Pero no teníamos á la vista cosa alguna; ni un escollo, ni un islote, ni el *Abraham-Lincoln* siquiera..... la inmensidad desierta.

El capitán Nemo, provisto de su sextante, tomó la altura del sol para averiguar la latitud. Esperó durante algunos minutos para que el astro viniese á buscar el nivel con el borde del horizonte; y



miétras que hacía estas observaciones ninguno de sus músculos se estremecía, y el instrumento seguramente no hubiera estado más inmóvil en una mano de mármol.

—Son las doce, dijo, señor profesor, y cuando queráis.....

Dirigí una última mirada á aquel mar, bastante amarillento por las inmediaciones de las tierras japonesas, y volví á bajar al salón.

Una vez allí, el capitán hizo sus cálculos para fijar cronométricamente su longitud, comparándola con precedentes observaciones de ángulos horarios. Después me dijo:

—Señor Aronnax, nos encontramos á ciento treinta y siete grados y quince minutos de longitud al Oeste.

—De qué meridiano? pregunté vivamente, esperando que la respuesta del capitán me indicaría su nacionalidad.

—Caballero, me respondió; tengo diferentes cronómetros, arreglados á los meridianos de París, de Greenwich y de Washington. Pero, haciéndoos todos los honores, me voy á servir del meridiano de París.

Esta respuesta no venía á enseñarme nada realmente; me callé pues, y el comandante continuó:

—Treinta y siete grados de longitud al Oeste del meridiano de París, y treinta grados siete minutos de latitud Norte; es decir, á trescientas millas próximamente de las costas del Japon. Hoy estamos á 8 de Noviembre, es medio día, y comienza nuestro viaje de exploración submarina.

—Guárdenos Dios! exclamé.

—Y ahora, señor profesor, añadió el capitán, os dejo entregado á vuestros estudios. Hacemos ruta al Este-Nordeste, y nos hallamos á cincuenta metros de profundidad. Hé aquí mapas perfectamente dispuestos, donde podreis seguir la marcha: queda el salón á vuestra disposición, y os pido permiso para retirarme.

El capitán Nemo me saludó, y me quedé solo, abismado en mis pensamientos, que recaían todos sobre aquel comandante del *Nautilus*. ¿Podría llegar á descubrir alguna vez á qué nacionalidad estaba unido aquel sér extraño que se jactaba de ser cosmopolita y no depender de ninguna? ¿Qué causas habian provocado y quién podía ser objeto de aquel odio que él manifestaba á la humanidad, de aquel rencor que buscaba acaso terribles y sangrientas venganzas? ¿Podía ser alguno de esos sabios desconocidos, uno de esos genios á quienes se desprecia y califica de locos, según la expresión de Conseil; algún Galileo moderno, ó quizá alguno de esos hombres científicos como el americano Maury, cuya carrera ha sido detenida y destrozada por las revoluciones políticas? Aun no podía decir nada. Me acogía con frialdad, aunque con mucha cortesía, y dán-

dome un buen trato, cuando la casualidad acababa de arrojarme á bordo de su buque y me hallaba á merced suya. No habia querido siquiera alargar su mano para estrechar la que yo le tendia, y por su parte no se habia dignado tenderme la suya.

Permanecí durante más de una hora abrumado con estas reflexiones, procurando penetrar aquel misterio que tanto me interesaba. Fijé despues mis miradas en un inmenso planisferio extendido sobre la mesa, y coloqué el dedo en el punto de partida donde se cruzaban la longitud y la latitud observadas.

El mar tiene sus rios, como los continentes, porque así pueden considerarse esas corrientes especiales que se dan á conocer por su temperatura ó por su color; y una de las más notables es la que se designa con el nombre de corriente de Gulf-Stream. La ciencia ha determinado en el Globo la direccion de cinco principales corrientes: una en el Atlántico Norte; la segunda en el Atlántico Sur; la tercera en el Pacífico Norte; la cuarta en el Pacífico Sur, y la quinta en el Océano Índico Sur. Es muy probable que existiera una sexta corriente en el Océano Índico Norte, cuando los mares Caspio y de Aral, reunidos á los grandes lagos del Asia, formaban una sola y vasta extension de agua.

Pues bien; en el punto indicado en el planisferio se desarrollaba una de esas corrientes, el Kuro-Scivo de los japoneses, el Rio Negro, que, saliendo del golfo de Bengala, donde le calientan los rayos perpendiculares del sol de los Trópicos, atraviesa el estrecho de Malacca, prolongándose por la costa de Asia; da vuelta en el Pacífico Norte hasta las islas Aleutianas, arrastrando troncos de alcanfor y otros productos indígenas, y cortando con el puro indigo de sus calientes aguas las olas del Océano. Esa era la corriente á que el *Nautilus* iba á abandonarse para recorrerla. Seguiale yo con la mirada, viendo cómo se perdia en la inmensidad del Pacífico, y me sentia arrastrar con él, cuando Ned-Land y Consejo se presentaron á la puerta del salon. Mis dos bravos compañeros se quedaron asombrados al divisar las maravillas con tal profusion y con tal orden amontonadas ante sus ojos.

El canadiense exclamó:

—Dónde nos encontramos? Dónde hemos venido á parar? ¿Al museo de Québec?

—Paréceme, dijo Consejo, que podemos decir con más propiedad que estamos en el palacio de Sommerard.

—Amigos míos, respondí, haciéndoles señas para que pasaran adelante; ni estais en el Canadá, ni en Francia; os hallais á bordo del *Nautilus*, y á cincuenta metros bajo el nivel del mar. Esta es la pura realidad.

—Preciso será creeros, puesto que tan formalmente lo afirmais, replicó Consejo; mas con todo eso, francamente, este salon es muy propio y muy digno para causar extrañeza y asombro áun á los tranquilos flamencos como yo.

—Asómbrate, amigo mio, y examina con atencion; porque para un clasificador de tu fuerza y de tu temple hay aquí mucho que admirar, y puede hallarse bastante trabajo para distraer la atencion y ocuparla.

No tenía necesidad de gran esfuerzo para alentar á Consejo. El buen muchacho, examinando los estantes, murmuraba ya palabras propias de los naturalistas: clase de los gasterópodos, familia de los bucinóideos, género de las porcelanas, especie de los *Cypraea Madagascariensis*, etc.

Durante ese tiempo, Ned-Land, muy poco afecto á los estudios de las conchas, me dirigia algunas preguntas relativas á mi entrevista con el capitan Nemo. Deseaba saber si habia yo descubierto quién era, de dónde venía, adónde iba, y á qué profundidades nos arrastraba, con otras mil preguntas á que yo no podia responder.

Indiqué entónces á mis compañeros lo que habia podido averiguar, ó más bien que nada sabia, preguntándole á mi vez lo que por su parte habia visto ú oido.

—Nada he visto, nada he oido, respondió el canadiense, y ni áun he logrado divisar á ningun miembro de la tripulacion del buque. Serán acaso eléctricos tambien estos tripulantes?

—Eléctricos?....

—Á fe mia que bien puede uno figurárselo.

—Es cierto eso, señor Aronnax? preguntó entónces Ned-Land, que conservaba siempre su primitiva idea; y ¿no podeis decirnos tampoco cuántos hombres habrá á bordo? ¿serán diez, veinte, cincuenta ó ciento?

—No puedo absolutamente decirnos nada, Sr. Land. Ademas,

creedme, es preciso abandonar por ahora la idea que acariciáis y renunciar á apoderarnos del *Nautilus* ó á escaparnos. Este barco es una de las obras maestras de la industria moderna, y tendria un verdadero romordimiento de no haberle visto y examinado. Muchas personas conozco yo que aceptarían con gusto nuestra situacion á trueque de poder pasearse por entre todas estas maravillas que ha reunido aquí el constructor del *Nautilus*. Por esto os ruego que os mantengais tranquilo y que procuremos ver y examinar atentamente lo que pasa alrededor nuestro, sin comprometer nuestra situacion, que es harto difícil.

— Ver? exclamó el arponero; pero si aquí no se ve nada, ni se verá nunca cosa de provecho en esta extraña cárcel de acero! Nos movemos y vamos navegando como ciegos....

Apénas acababa de pronunciar Ned-Land estas palabras, cuando quedamos repentinamente en tinieblas profundas, en una oscuridad absoluta. La antorcha luminosa se extinguió, pero tan rápidamente, que mis ojos sintieron una impresion dolorosa, análoga á la que se produce cuando de las tinieblas más espesas se pasa repentinamente á una luz brillante y deslumbradora.

Nos quedamos mudos y en el mayor estupor, sin saber si debíamos esperar una sorpresa agradable ó desagradable. Parecia como si nos deslizásemos por una pendiente rápida; oímos un rechinar, y se hubiera dicho que las paredes se desbarataban y abrian en los costados del *Nautilus*.

— Hemos llegado al fin de lo último, dijo Ned-Land.

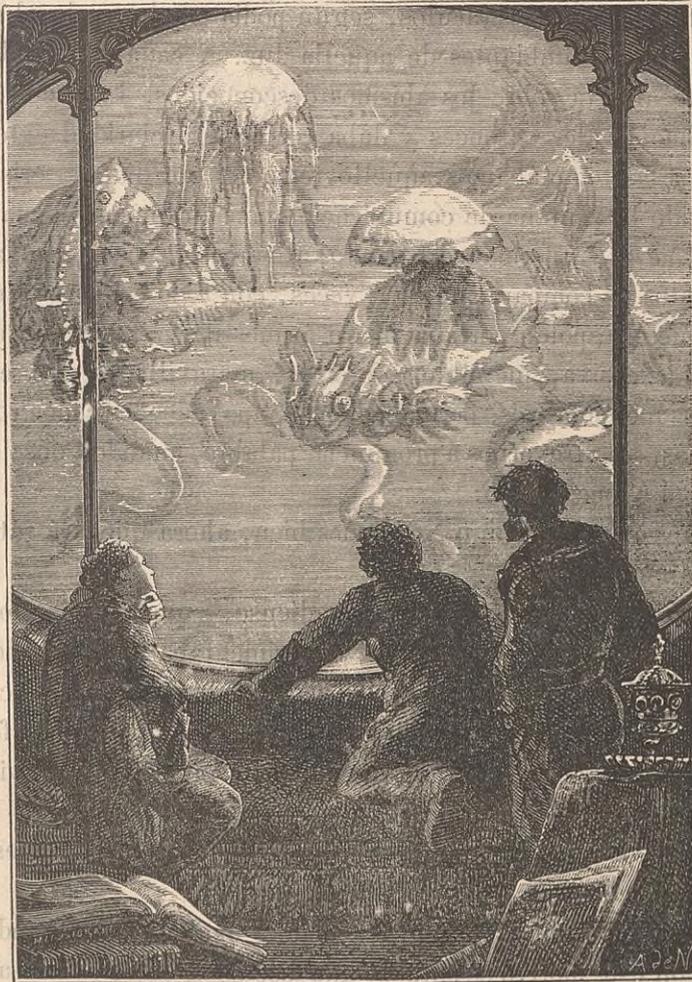
— Orden de las hidromedusas, murmuró Consejo.

Nuevamente se hizo la luz, y distinguimos gran claridad en ambos lados del salon, á través de dos ventanas oblongas. Las masas líquidas aparecieron iluminadas por los efluvios eléctricos; dos láminas de cristal nos separaban del mar, y al principio sentí un estremecimiento al recordar que aquel frágil tabique podia destrozarse, aunque, sostenido por fuertes armaduras de cobre, presentaba una resistencia casi infinita.

Distinguíase perfectamente el mar en un radio de media milla alrededor del *Nautilus*. Qué espectáculo! ¿Cómo podria describirse la belleza de aquella inmensidad? ¿Quién podria pintar los efectos de la luz á través de aquellas masas trasparentes, y la suavidad de

aquellas degradaciones sucesivas hasta las capas inferiores y superiores del Océano.

Todo el mundo conoce la diafanidad del mar. Es sabido que su limpidez es superior á la del agua de roca; hasta las sustancias minerales y orgánicas que tiene en suspension contribuyen á aumentar



esa transparencia. En algunas partes del Océano, en las Antillas, puede distinguirse á través de ciento cuarenta y cinco metros de agua el lecho de arena con sorprendente claridad, y la fuerza de penetracion de los rayos solares no parece terminar hasta la profundidad de trescientos metros. En aquella masa fluida que recorria el

Nautilus, el resplandor, el brillo eléctrico se producía en el seno mismo de las ondas, y no era ya agua luminosa, sino más bien luz líquida; tal era la intensidad de aquel foco ardiente y esplendoroso.

Si se ha de admitir la hipótesis de Erhemberg, que cree en una iluminación fosforescente de los fondos submarinos, la Naturaleza ha reservado ciertamente para los habitantes del mar uno de sus más prodigiosos espectáculos, según podía yo juzgarlo al ver los mil juegos y cambiantes de aquella luz. Á cada lado había una ventana abierta sobre los abismos desconocidos. La oscuridad del salón hacía valer entónces y daba realce á la claridad exterior; y nosotros contemplábamos aquello, como si tan diáfano cristal hubiera sido la ventana de comunicación con un inmenso acuario.

El *Nautilus* permanecía quieto, al parecer, y es porque faltaban los puntos de comparación; y á veces, con todo esto, las líneas de agua que el espolón cortaba huían á nuestras miradas con una velocidad excesiva, increíble. Nosotros, maravillados al presenciar aquellas metamorfosis, permanecíamos, apoyados los codos sobre las ventanas, sin atrevernos á pronunciar palabra, cuando Consejo, rompiendo el silencio, dijo:

—Queríais ver, amigo Ned! pues bien, ahora quedará satisfecha vuestra curiosidad.

—Curioso, curioso! decía el canadiense, —que, olvidando su cólera y sus proyectos de evasión, experimentaba una atracción irresistible; —y vendrían de muy lejos para admirar este espectáculo!

—Ah! exclamé; comprendo la vida de ese hombre! Se ha formado un mundo aparte que le reserva sus más asombrosas maravillas.

—Y los peces? prosiguió el canadiense. No veo peces.

—¿Qué os importa, amigo Ned, respondió Consejo, puesto que no los conocéis?

—Me decís á mí eso, á mí, pescador? exclamó Ned-Land.

Y con este motivo se entabló una discusión entre ambos amigos, porque conocían los peces, pero cada uno de una manera muy distinta.

Todo el mundo sabe que los peces forman la cuarta y última clase de la ramificación de los vertebrados, y que se les ha definido con mucha precisión: «vertebrados de doble circulación y de sangre fría, que respiran por branquias y están destinados á vivir en el

agua.» Forman dos series distintas: la serie de los peces óseos, es decir, de aquellos cuya espina dorsal está formada por vértebras huesosas, y la de los peces cartilaginosos, que quiere decir, aquellos cuya espina dorsal está compuesta de vértebras cartilaginosas.

Conocia quizá el canadiense esta distincion; pero Consejo lo sabía mucho mejor; y en buena amistad ahora con Ned, no podia comprender ni admitir que fuese ménos instruido que él. Por eso le dijo:

—Amigo Ned, sois un buen arponero, un buen matador de peces, un hábil pescador. Habeis cogido muchos de esos interesantes animales; pero apostaria cualquier cosa buena á que no sabeis clasificarlos.

—Sí, respondió muy serio el ballenero; se los clasifica en peces que se comen y en peces que no se comen.

—Hé ahí una distincion propia del que está atormentado por la gula, respondió Consejo. No sabreis responder, sin embargo, á esta pregunta: ¿qué diferencia existe entre los peces óseos y los peces cartilaginosos?

—Tal vez sí, Consejo.

—Y conoceis la subdivision de estas dos grandes clases?

—No la sé, respondió el canadiense con la mayor imperturbabilidad.

—Pues bien, amigo Ned; escuchadme, y conservadlo en la memoria. Los peces óseos se subdividen en seis órdenes: los acantopterigios, cuya mandíbula superior es completa, móvil, y cuyas branquias afectan la forma de un peine. Este orden comprende quince familias, que componen las tres cuartas partes de los peces conocidos, y su tipo es la percha comun.

—Bastante buena para comer, interrumpió Ned-Land.

—Segundo, continuó Consejo, sin tomar en cuenta la advertencia: los abdominales, que tienen las nadaderas ventrales suspendidas bajo el abdómen y detras de las pectorales, sin que se hallen soldadas á los huesos dorsales;—orden que se divide en cinco familias, y que comprende la mayor parte de los peces de agua dulce, teniendo por tipo la carpa y el sollo.

—Pshé! dijo el canadiense con cierto desprecio; ¡peces de agua dulce!



—Tercero, añadió Consejo: los subraquianos, cuyas ventrales están colocadas bajo las pectorales, é inmediatamente suspendidas de los huesos del dorso. Este orden contiene cuatro familias, cuyos tipos son las platijas y los lenguados.

—Sobresaliente, sobresaliente! exclamaba el ballenero, que sólo queria considerar los peces bajo el punto de vista comestible.

—Cuarto, interrumpió Consejo, que estaba decidido á hacer un curso completo de ictiología: los ápodos, de cuerpo prolongado, desprovistos de nadaderas ventrales y revestidos de una piel espesa y muchas veces grasienta y escurridiza;—orden que sólo comprende una familia, y cuyo tipo es la anguila, el gimnoto.

—Eso es mediano, mediano, replicó Ned-Land.

—Quinto, dijo Consejo: los lofobranquios, que tienen las mandíbulas completas y libres, cuyas branquias están formadas de pequeños flecos dispuestos por pares á lo largo de los arcos branquiales. Este orden tampoco tiene más que una familia, y su tipo los hipocampos, los pegasos-dragones.

—Malo, malo! dijo meneando la cabeza el arponero.

—Sexto y último, dijo Consejo: los plectognatos, cuyo hueso maxilar está fijamente soldado sobre el lado del intermaxilar que forma la mandíbula, y cuyo arco palatino se engrana por sutura con el cráneo, lo cual le deja inmóvil;—orden que carece de verdaderos ventrales y que se compone de dos familias, cuyos tipos son los tetrodotes y los peces-luna.

—Que son á propósito para deshorrar una caldera, respondió el canadiense.

—Habeis comprendido bien, amigo Ned, mis explicaciones? preguntó con cierto orgullo el sabio Consejo.

—Absolutamente ni una palabra, amigo mio, repuso el ballenero; pero seguid, seguid en vuestra tarea, porque me va pareciendo interesante.

—En cuanto á los peces cartilagosos, volvió á proseguir con su natural impasibilidad Consejo, sólo comprenden tres órdenes.

—Tanto mejor, dijo Ned.

—Primero: los ciclóstomos, cuyas mandíbulas están soldadas en un anillo móvil, y cuyas branquias se abren en numerosos agujeros. Este orden sólo comprende una familia, cuyo tipo es la lamprea.

—Ciertamente muy estimable y estimada.

—Segundo: los selacianos, con branquias semejantes á las de los ciclóstomos, pero cuya mandíbula inferior es móvil. Este orden, el más importante de la clase, comprende dos familias, cuyos tipos son las rayas y los tiburones.

—Cómo? exclamó Ned; ¿las rayas y los tiburones en el mismo orden? Pues bien, amigo Consejo; por interes y compasion á las rayas, os aconsejo que no los pongais nunca juntos en el mismo estanque.

—Tercero: los esturionianos, cuyas branquias, como de ordinario, están abiertas por una sola hendidura terminada por una válvula. Este orden comprende cuatro géneros, cuyo tipo es el esturion.

—Hola, amigo Consejo! habeis guardado lo mejor para lo último, al ménos á mi parecer. Y es eso todo lo que sabeis?

—Sí, mi buen Ned; pero debeis tener presente que, cuando uno sabe todo esto, no sabe nada aún; porque las familias se dividen en géneros, en subgéneros, en especies, en variedades.....

—Pues bien, querido Consejo, dijo el ballenero inclinándose hácia el cristal que habia en el tabique; observad ahí las *variedades* que pasan.

—Es verdad; peces! exclamó Consejo; creeria uno hallarse delante de un acuario.

—No, respondí yo interviniendo en el debate; porque el acuario es una jaula, y estos peces están aquí libres, como el pájaro en el aire.

—Pues bien, decia Ned-Land; nombradlos, especificadlos bien, amigo Consejo.

—Yo, respondió Consejo, no soy capaz de hacer tal cosa; esto le corresponde á mi amo.

Y efectivamente, el buen muchacho, clasificador rabioso, no podia pasar por naturalista, y no me atreveria á afirmar que hubiese sabido distinguir un atún de un bonito. Era, en una palabra, el reverso de la medalla del canadiense, que nombraba sin titubear todos aquellos peces.

—Un baliste, dije yo.

—Y un baliste chino, respondia Ned-Land.

—Género de los balistes, familia de los esclerodermos, orden de los plectognatos, murmuraba Consejo.

Puede decirse desde luégo que entre los dos hubieran formado un naturalista completo.

El canadiense no se habia engañado. Un tropel de balistes de cuerpo comprimido, de piel granulada, armados con un aguijon en su dorsal, jugaban alrededor del *Nautilus*, y agitaban las cuatro filas de punzantes espinas que erizan cada lado de su cola. ¡Qué admirable es su vestidura, cenicienta por encima, blanca por abajo, cuyas manchas de oro brillaban chispeantes en el sombrío remusgo de las aguas! Ondulaban allí entre ellos las rayas, como una bandera abandonada al viento, y entre ellas distinguí, con gran alegría mia, esa raya china, amarillenta en su parte superior, de color rosa bajo en su vientre, y provista de tres aguijones en la parte posterior del ojo; especie muy rara y aún dudosa en los tiempos de Lacépède, que no consiguió verla más que en una coleccion de dibujos japoneses.

Durante dos horas fué escoltando al *Nautilus* todo un ejército acuático. En medio de sus juegos, de sus saltos, y cuando rivalizaban en belleza, en brillo y en velocidad, pude distinguir el labroverde, el salmonete barberino, señalado con una doble raya negra, el gubio electro, de cola redonda, blanco, y con manchas de violeta en el dorso; el escombro japonés, de cuerpo azul y plateada cabeza; los brillantes azurores, cuyo sólo nombre dispensa de toda descripción; los esparos rayados, de nadaderas matizadas de azul y amarillo; los esparos listados, con una cinta negra en la cola; los esparos zonéforos, elegantemente fajados por sus seis cinturas; los autóstonos, verdaderas bocas de flauta, que llegan algunas veces á la longitud de un metro; las salamandras del Japon; las murenas equídneas, largas serpientes de seis piés, ojos vivos y muy pequeños, con ancha boca, erizada de dientes, etc.

Nuestra admiracion se mantenía siempre despierta hasta el más alto grado, y no podíamos agotar las interjecciones. Ned nombraba los peces, Consejo los clasificaba; yo quedaba extasiado ante la vivacidad de sus movimientos y la belleza de sus formas. Nunca habia logrado sorprender á los animales del mar vivos y libres en su elemento natural, y esto servía tambien para mantenerme atónito.

Sería muy difuso si hubiese de citar todas las variedades que pasaron ante nuestros ojos desvanecidos, porque es inmensa la colec-

cion en los mares del Japon y de la China. Esos peces acudían más numerosos que las aves que pueblan el espacio, atraídos sin duda por el brillante foco de la luz eléctrica.

De repente se alumbró completamente el salón; volvieron á caer las planchas de acero fundido, y desapareció la encantadora vision. Durante largo tiempo, sin embargo, continué soñando aún, hasta que mis miradas se fijaron en los instrumentos suspendidos en las paredes. La brújula señalaba siempre la direccion al Nornordeste; el manómetro indicaba una presion de cinco atmósferas, correspondiente á una profundidad de cincuenta metros, y el loc eléctrico mostraba una marcha de quince millas por hora.

Esperaba que se presentaria el capitán Nemo, pero no pareció; el reloj señalaba las cinco.

Ned-Land y Consejo volvieron á su camarote, y yo á mi cuarto. Encontré preparada la comida, que se componia de sopa de tortuga, hecha con los careis¹ más delicados; de un mero de carne blanca, cuyo hígado, preparado aparte, tenía un comer delicioso; y filetes, de esa carne del holocanto-emperador, cuyo sabor me pareció superior con mucho al del salmon.

Pasé la noche leyendo, escribiendo y pensando; y despues, habiéndome acometido el sueño, me tendí en la cama, quedando profundamente dormido, mientras que el *Nautilus* se deslizaba siguiendo la rápida corriente del Rio Negro.

¹ El carei es la especie de tortuga más apreciada por los gastrónomos, y la que suministra la concha más estimada para las artes de adorno. (N. del T.)

Luis Jayme

CAPÍTULO XV.

UNA INVITACION POR ESCRITO.

Al día siguiente, 9 de Noviembre, me desperté muy tarde; habia dormido doce horas. Vino Consejo, segun su costumbre, á saber cómo el señor habia pasado la noche, y á ofrecerle sus servicios. Habia dejado á su amigo el canadiense durmiendo como si no hubiera hecho ni tenido que hacer otra cosa en toda su vida.

Dejé que el buen muchacho charlara y se despachase á su gusto sin responderle casi. Me preocupaba bastante la ausencia del capitán Nemo, que no se habia presentado durante nuestra sesion de la víspera, y tenía esperanza de que no pasaria el día sin volverle á ver. Me vestí con el traje de biso ¹ que se me habia proporcionado, el cual, por su naturaleza, dió ocasion á muchas reflexiones del curioso Consejo. Le manifesté que estaba fabricado con los filamentos lustrosos y sedosos que sujetan á las rocas las ostras-peñas, especies de moluscos muy abundantes en las costas del Mediterráneo, y con cuyas hebras se construian en otro tiempo hermosas telas, medias, guantes, que eran muy flexibles y proporcionaban mucho calor. Podia, pues, la tripulacion del *Nautilus* vestirse muy barato sin pedir nada á los algodoueros, ni á los carneros, ni á los gusanos de seda de la tierra.

¹ Por otro nombre lana-peña, filamentos con que la almeja, llamada ostra-peña, se adhiere á los peñascos. (N. del T.)

Cuando me hube vestido, pasé al gran salon, que se hallaba desierto. Allí me dediqué al estudio de aquellos tesoros de conchas amontonadas en los armarios, y registré tambien colecciones de yerbas y plantas marinas muy raras, que, aunque secas, conservaban sus admirables y variados colores. Entre aquellas preciosas hidrófitas pude notar perfectamente las cladóstevas verticíleas, las padinas ó colas de pavo real¹, las caulerpas de hoja de viña, los calitamos graníferos, las delicadas ceramias, de color escarlata; los agaros, en forma de abanico; los acetábulos, semejantes á setas muy deprimidas, y que durante mucho tiempo fueron clasificados entre los zoófitos; en fin, toda una serie de numerosos fucos.

Pasó el dia entero sin que me viese honrado con la visita del capitán Nemo. Las puertas de comunicacion del salon no se abrieron, porque no se queria quizá que nos hastiásemos de observar aquellas inmensas maravillas.

La direccion del *Nautilus* era entónces al Esnordeste; su velocidad unas doce millas; la profundidad variaba entre cincuenta y sesenta metros.

Al otro dia, 10 de Noviembre, el mismo abandono, la misma soledad. No vi á nadie de la tripulacion, y Ned y Consejo pasaron la mayor parte del dia á mi lado, asombrándose, como yo, de la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaba enfermo acaso aquel hombre singular? Quería modificar sus proyectos respecto á nosotros?

Despues de todo, segun las observaciones de Consejo, gozábamos de una absoluta libertad, y se nos alimentaba perfectamente. Nuestro jefe se atenia, pues, á los términos del tratado, y no podíamos quejarnos, porque la singularidad misma de nuestro destino nos reservaba por otra parte tan hermosas compensaciones, que no teníamos ni áun derecho de acusarle.

En este dia di principio al diario de estas aventuras, lo que me ha permitido contarlas con la más escrupulosa exactitud; y, detalle curioso, lo escribí en un papel fabricado con el zostero marino.

¹ Esta planta es notable por la semejanza de sus hojas, desplegadas en abanico, con una cola de pavo real, no solamente en su forma, sino tambien en los colores irídeos que refleja, descomponiendo la luz. Abunda en el Mediterráneo, pero aparece en el verano para perder su brillo en el otoño. (*N. del T.*)

El 11 de Noviembre, muy de madrugada, comprendí, por el aire fresco que se habia esparcido en el interior del *Nautilus*, que habíamos vuelto á la superficie del Océano para renovar las provisiones de oxígeno. Me dirigí hácia la escalera central, y subí á la plataforma.

Eran las seis: la atmósfera estaba cubierta, la mar en calma; apénas habia oleaje. ¿Vendria allí el capitan Nemo, á quien creia encontrar? Sólo pude distinguir al timonel, aprisionado en su jaula de cristal. Sentado en la saliente producida por el casco de la canoa, aspiré por largo rato, con delicia, las emanaciones salinas.

Poco á poco se disipó la bruma bajo la accion de los rayos solares, y el astro esplendoroso y radiante asomaba en el horizonte oriental. El mar se inflamó bajo su mirada como un reguero de pólvora, y las nubes esparcidas por las alturas tomaron tonos muy vivos, admirablemente matizados, y por sus formas caprichosas anunciaron viento para todo el dia, formando la *lengua de gato*.¹

¿Qué importaba el viento al *Nautilus*, si no habian de llegar á él las tempestades?

Estaba contemplando con emocion aquella risueña salida del sol, tan alegre, tan vivificante, cuando oí que subia alguno á la plataforma.

Me preparaba á saludar al capitan Nemo, y fué su segundo el que se presentó, adelantándose por la plataforma como si no se apercibiera de mi presencia en ella. Tomando un poderoso antejo, le dirigió á todos los puntos del horizonte, examinándolos con una extremada atencion; y hecho este exámen, se aproximó á la entrada, pronunciando una frase cuyos términos exactos voy á reproducir. He conseguido recordarla, porque todas las mañanas pude oirla en idénticas condiciones. Hé aquí la frase:

Nautron respoc lorni virch.

Qué es lo que significaba, no podria decirlo.

Pronunciadas estas palabras, volvió á bajar el segundo; y yo, calculando que el *Nautilus* iba á emprender su navegacion submarina, volví á penetrar en las entrañas del monstruo, y me dirigí á mi habitacion.

¹ Pequeñas nubes blancas, ligeras, que forman picos y dientes en sus bordes.

Trascurrieron cinco dias sin que se modificase la situacion, y todas las mañanas subia á la plataforma, oia pronunciar la misma frase, que con tono solemne decia el mismo individuo, y el capitán Nemo no parecia por ninguna parte.



Me habia yo resignado á la conformidad de no verle ya, cuando el 16 de Noviembre, al entrar en mi cuarto con Ned y Consejo, hallé sobre la mesa una esquila dirigida á mí. La abrí con impaciencia. Estaba escrita con una letra clara, pero algun tanto gótica, y que recordaba los tipos alemanes.

Luis Jayme

La esquila estaba concebida en estos términos:

«SR. PROFESOR ARONNAX,

á bordo del *Nautilus*.

»16 de Noviembre de 1867.

»El capitán Nemo invita al señor profesor Aronnax á una partida de caza, que tendrá lugar mañana por la mañana en sus bosques de la isla Crespo. Espera que no habrá nada que le impida asistir, y veria con mucho gusto que concurrieran tambien sus compañeros.

»El Comandante del *Nautilus*,

CAPITAN NEMO.»

—Una caza! exclamó Ned.

—Y en sus bosques de la isla Crespo! añadió Consejo.

—Irá acaso á tierra este caballero particular? repuso Ned-Land.

—Así aparece claramente indicado, dije leyendo otra vez la carta.

—Es preciso aceptar, replicó el canadiense. Una vez colocados en tierra firme, ya trataremos de tomar nuestro partido; además, que no me incomodaria si pudiese comer algunos trozos de caza fresca.

Sin tratar de conciliar lo que habia de contradictorio entre el horror manifestado por el capitán Nemo hácia los continentes y las islas, y la invitacion que nos dirigia para cazar en el bosque, me limité á responder:

—Veamos primero dónde está y lo que es esa isla de Crespo.

Entónces consulté el planisferio; y por los 32° 40' de latitud Norte, y los 167° 50' de longitud Oeste, pude hallar un islote que fué reconocido en 1801 por el capitán Crespo, y que los antiguos mapas españoles designaban con el nombre de *Roca de la plata*. Nos hallábamos pues á unas mil ochocientas millas próximamente del punto de partida, y la direccion algun tanto modificada del *Nautilus* le llevaba en direccion del Sudeste.

Les enseñé á mis compañeros aquella pequeña roca perdida en medio del Pacífico Norte.

—Si el capitán Nemo va algunas veces á tierra, les dije, por lo ménos escoge islas absolutamente desiertas.

Ned-Land se encogió de hombros sin responder, y despues Con-

sejo y él me abandonaron. Sirviéronme la cena con el mismo ceremonial y el mismo silencio de siempre, y me dormí profundamente afectado.

Al día siguiente, 17 de Noviembre, cuando desperté, pude notar que el *Nautilus* estaba absolutamente inmóvil. Me vestí muy deprisa, y pasé al gran salon.

Ya estaba allí el capitán Nemo, que me esperaba; se levantó, me hizo un saludo afectuoso, y me preguntó si nos convenia acompañarle.

Como no hizo por su parte alusion alguna á su ausencia durante aquellos ocho días, me abstuve de hablarle de ella, y respondí sencillamente que mis compañeros y yo estábamos dispuestos á seguirle. Luégo añadí:

—Me permitiré dirigiros una pregunta.

—Decid, Sr. Aronnax; y si puedo responder á ella, lo haré con mucho gusto.

—Pues bien, capitán; ¿á qué debe atribuirse que vos, que habeis roto toda relacion con la tierra, os halleis en posesion de bosques en la isla Crespo?

—Señor profesor, me respondió el capitán; los bosques que poseo no piden al sol ni su luz ni su calor. Ni los leones, ni los tigres, ni las panteras, ni ningun otro cuadrúpedo los frecuentan; nadie los conoce más que yo, y su vegetacion sólo para mí crece y fructifica. No son bosques terrestres, son bosques submarinos.

—Bosques submarinos? exclamé.

—Sí, señor profesor.

—Y me ofreceis guiarme hasta ellos?

—Precisamente.

—Á pié?

—Y á pié enjuto.

—Cazando?

—Cazando, sí.

—Y con la escopeta en la mano?

—Con la escopeta en la mano.

Miré al comandante del *Nautilus* con un aspecto que nada tenía de lisonjero para su persona. « Decididamente, pensaba yo, tiene enfermo el cerebro. Habrá tenido un acceso que ha durado ocho

dias, y que continúa aún; es lastimoso; preferiria que fuese un hombre estrafalario á habérmelas con un loco.»

Tan bien se manifestaba este pensamiento, y se reflejaba tan claro sobre mi rostro, que el capitán Nemo debió comprenderlo; se limitó á indicarme que le siguiera, y lo hice, como hombre resignado á todo.



Llegamos al comedor, donde estaba servido el desayuno, y el capitán me dijo:

—Señor Aronnax, os suplico que sin ceremonia alguna partamos mi desayuno, y mientras comemos podremos hablar; porque si os he prometido un paseo por el bosque, no puedo, aunque quisiera,

comprometerme á hacerlos encontrar allí un restaurant. Almorzad, pues, como hombre que probablemente va á comer muy tarde.

Hice efectivamente honor al almuerzo, que se componia de diversos peces y de tajadas de holoturias, excelentes zoófitos, principios de algas muy aperitivas, tales como la *Porphiria laciniata* y la *Laurentia primaefetida*. Componíase la bebida de agua cristalina, á la cual, siguiendo el ejemplo del capitán, añadí algunas gotas de un licor fermentado, extraído, á usanza kamtschatkiana, del alga conocida con el nombre de *Rodomenia palmeada*.

El capitán Nemo también comió con apetito, y sin pronunciar una sola palabra durante algun tiempo. Despues me dijo:

—Señor profesor; cuando os he propuesto que viniéseis á cazar á mis bosques de Crespo, habeis llegado á suponer que estaba yo en contradicción conmigo mismo; y cuando os manifesté que se trataba de bosques submarinos, llegásteis á juzgar que os las habíais con un loco. Pues bien, señor profesor, no conviene juzgar jamás á los hombres con esa ligereza.

—Pero, capitán; creed que.....

—Si me escuchais un momento, podreis convenceros de que no se me puede acusar de locura ni de contradicción.

—Os escucho.

—Sabeis tan perfectamente como yo, señor profesor, que el hombre puede vivir debajo del agua, á condicion de llevar consigo una provision de aire respirable. En los trabajos submarinos, el obrero, vestido con un traje impermeable y aprisionada la cabeza en una cápsula de metal, recibe aire del exterior por medio de bombas impelentes y de reguladores especiales.

—Ese es el aparato de las escafandras, dije.

—Así es la verdad; pero, en condiciones tales, el hombre no es libre; está esclavizado por la bomba que le envia aire por medio de un tubo de goma elástica, verdadera cadena que le amarra á la tierra; y si nos halláramos sujetos también al *Nautilus*, poca sería la distancia que podríamos recorrer.

—Y qué medios hallais para quedar libre? pregunté.

—Emplear el aparato Rouquayrol-Denayrouze, inventado por dos de vuestros compatriotas, que he conseguido perfeccionar para mi uso, y que, como vais á observar, os permitirá actuar sin riesgo de

que vuestros órganos sufran en esas nuevas condiciones fisiológicas. Compónese de un receptáculo formado por una espesa lámina de hierro, en el cual almaceno aire á una presión de cincuenta atmósferas. Este receptáculo se fija en la espalda, por medio de tirantes, como una mochila; su parte superior forma una caja, y en ella el aire, mantenido por un mecanismo de fuelle, sólo puede escaparse según su tensión normal. En el aparato Rouquayrol, tal como se ha empleado, dos tubos de goma que parten de esta caja desembocan en una especie de pabellón que aprisiona la nariz y la boca del operador, sirviendo el uno para la introducción del aire que se ha de respirar, la otra para la salida del aire respirado, y la lengua cierra éste ó aquél, según las necesidades de la respiración. Yo, que tengo necesidad de sufrir presiones considerables en el fondo del mar, he tenido que encerrar mi cabeza, como la de las escafandras, en una esfera de cobre; y á esta esfera es adonde van á parar los dos tubos inspirador y expirador.

—Perfectamente, capitán Nemo. Sin embargo, el aire que llevais debe consumirse muy deprisa, y cuando ya sólo contiene quince por ciento de oxígeno llega á hacerse irrespirable.

—Sin duda alguna; pero, como os he dicho, Sr. Aronnax, las bombas del *Nautilus* me permiten almacenarlo bajo una considerable presión; y, en tales condiciones, el receptáculo del aparato suministra aire respirable durante nueve ó diez horas.

—Ya no tengo objeciones que haceros, respondí. Os preguntaré solamente cómo podeis alumbrar el camino y guiar vuestros pasos en el fondo del Océano.

—Con el aparato Ruhmkorff, Sr. Aronnax. El primero se lleva á la espalda, como os he dicho, y el segundo se sujeta á la cintura. Se compone de una pila de Bunsen, que pongo en actividad, no con bicromato de potasa, que difícilmente podría proporcionarme, sino con sodio, de que el mar está completamente saturado. Una bobina de inducción recoge la electricidad producida, dirigiéndola hácia una linterna de disposición particular. En esa linterna hay un serpentín de cristal, que sólo contiene un residuo de gas carbónico. Cuando el aparato funciona, este gas se hace luminoso y da una luz blanquizca y permanente. Así, provisto de todas estas cosas, respiro y veo.

—Capitan Nemo; dais tan satisfactorias respuestas á todas las objeciones que os presento, que no me atrevo ya á dudar. Vuestros aparatos Rouquayrol y Ruhmkorff son seguramente buenos; respecto á la escopeta con que quereis armarme, pareceme que ha de ser difícil el manejo.

—No creais que en esa escopeta sea necesaria la pólvora, respondió el capitan.

—Será un arma de viento?

—Sin duda alguna. ¿Cómo queríais que fabricase pólvora á bordo, no teniendo salitre, azufre ni carbon?

—Ademas, dije, para poder tirar con utilidad bajo el agua, en este medio, ochocientas cincuenta y cinco veces más denso que el aire, sería preciso vencer una resistencia considerable.

—Lo que no sería una razon de peso, pues existen ciertos cañones, perfeccionados despues de Fulton por los ingleses Felipe Coles y Burley, por el frances Furey, y por el italiano Landi, provistos de un sistema particular de cierre, con los cuales puede tirarse en estas condiciones. Os repito, sin embargo, que, no teniendo pólvora, la he reemplazado por aire á alta presion, que las bombas del *Nautilus* me suministran en abundancia.

—Y que debe gastarse con bastante rapidez.

—Basta para evitar eso usar del que llevo en mi receptáculo Rouquayrol, que, en caso necesario, me lo suministra por medio de una llave expresamente adaptada allí; y ya vereis tambien, señor Aronnax, que no se hacen grandes gastos de aire ni de balas en estas cazas submarinas.

—Me parece que en esta semi-oscuridad, y en medio de líquido tan denso, con relacion á la atmósfera, no podrán tener mucha fuerza las balas, y serán difícilmente mortales.

—Sucede precisamente lo contrario; todos los golpes son mortales, y, desde el momento en que toca la bala á un animal, cae como herido del rayo.

—Por qué?

—Porque no son balas ordinarias las que lanza esta escopeta, sino pequeñas cápsulas de cristal, inventadas por el químico austriaco Leniebroek, de las cuales he hecho una gran provision. Estas cápsulas de cristal, cubiertas de una armadura de acero, y que llevan

un apéndice de plomo para que tengan peso, son verdaderas botellas de Leyden, en las cuales está forzada la electricidad á muy alta tension. Al más leve choque se descargan, y, por poderoso que sea el animal, cae muerto. Debo añadir que estas cápsulas son del número cuatro, y que la carga de un fusil ordinario puede contener diez.

—Ya no quiero discutir más, respondí, levantándome de la mesa, y voy á tomar desde luégo mi escopeta. Ademas, donde vos vayais, por qué no habia de ir yo?

El capitán me condujo hácia la popa del *Nautilus*, y, al pasar delante del camarote de Ned y de Consejo, llamé á mis compañeros, que se nos vinieron á unir inmediatamente.

Llegamos á una salita situada cerca del cuarto de las máquinas, y nos detuvimos allí para tomar nuestros trajes de paseo.

CAPÍTULO XVI.

PASEO EN LA LLANURA.

Esta celdilla era, propiamente hablando, el arsenal y el vestuario del *Nautilus*. Una docena de aparatos de escafandras, suspendidos en la pared, esperaban á los paseantes.

Ned-Land, al verlos, manifestó una repugnancia invencible á ponerse aquellos trajes.

—Mi querido amigo Ned, le dije; los bosques de la isla Crespo son bosques submarinos.

—Bueno! dijo el ballenero, que perdía sus ilusiones y veía desvanecerse sus sueños de carne fresca; y vos, señor Aronnax, ¿vais á atreveros á penetrar en esos trajes?

—Es necesario, señor Ned.

—Sois libre, señor, respondió el arponero encogiéndose de hombros; por lo que á mí respecta, á ménos que no se me obligue, no entraré ahí dentro.

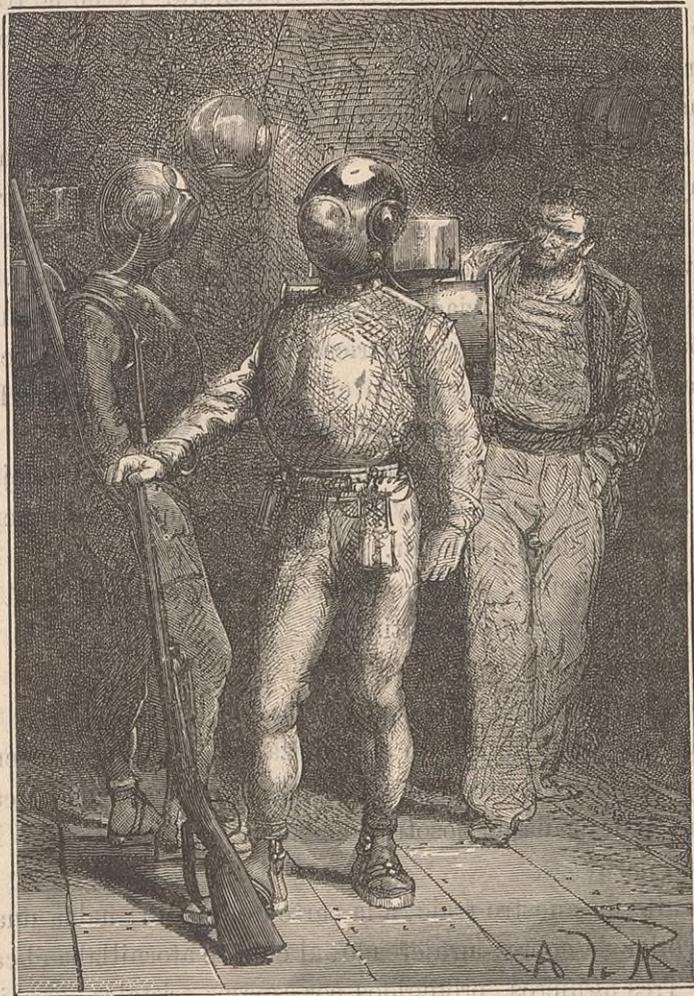
—Nadie os ha de forzar, señor Ned, dijo el capitán Nemo.

—Y Consejo va á correr esos riesgos? preguntó Ned.

—Yo sigo á mi señor á todas partes donde él vaya, respondió Consejo.

Llamó entónces el capitán, y se presentaron dos hombres de la tripulación para ayudarnos á vestir aquellos pesados trajes impermeables, hechos de cautchouc, sin costura, y preparados de tal manera que pueden soportar considerables presiones. Se hubiera dicho que era una armadura á la vez elástica y resistente. Aquellos ves-

tidos formaban pantalon y chaqueta unido, terminando el pantalon con unas botas muy fuertes, guarnecidas de pesadas suelas de plomo. El tejido de la chaqueta estaba mantenido por laminillas de cobre, que formaban en el pecho una coraza, defendiéndole contra la presion de las aguas, y dejando que los pulmones funcionaran con



libertad; terminando las mangas en forma de guantes, que permitian todos los movimientos de la mano.¹

¹ Quienes hayan visitado la Exposición Universal de Paris de 1867 habrán podido observar un grande aparato lleno de agua que, con el nombre de acuario humano, se exhibia al público, demostrando con ello la eficacia de las escafandras para poder andar sin peligro dentro del elemento líquido. (N. del T.)

Mucha distancia habia, como se ve, de estas escafandras perfeccionadas á los trajes informes, como corazas de corcho sobre blusas, cofres, etc., que fueron inventados y preconizados en el siglo XVIII.

El capitán Nemo, uno de sus compañeros, — especie de Hércules, que debia tener una fuerza prodigiosa, — Consejo y yo, nos encajamos perfectamente aquellos trajes de escafandra. Ya no se trataba más que de encerrar nuestra cabeza en la esfera metálica; pero, ántes de proceder á esta operacion, pedí permiso al capitán para examinar las escopetas que nos estaban destinadas.

Uno de los hombres del *Nautilus* me presentó una escopeta sencilla, cuya culata, de planchas de acero y hueca en el interior, era bastante grande; servía de receptáculo al aire comprimido, que salia por una válvula, regida por una palanqueta, al tubo de metal. Una cajita de proyectiles, vaciada tambien en el espesor de la culata, encerraba unas veinte balas eléctricas, que por medio de un resorte se colocaban automáticamente en el cañon de la escopeta. Hecho un disparo, todo quedaba preparado para otro.

—Capitán Nemo, le dije; esta arma es perfecta, y se maneja fácilmente. Estoy deseando ensayarla; y lo que importa es saber cómo llegaremos al fondo del mar.

—En este momento, señor profesor, el *Nautilus* se halla á diez metros de agua, y vamos á partir.

—Pero cómo saldremos?

—Ahora lo vereis.

El capitán Nemo introdujo su cabeza en el casquete esférico; Consejo y yo hicimos otro tanto, despues de haber oido al canadiense que se despedia de nosotros diciendo irónicamente:

—Buena caza!

En lo alto de nuestro traje, á la parte del cuello, habia una especie de collar de cobre, agujereado, al cual se atornillaba el casco de metal. Tres agujeros, protegidos por espesos cristales, permitian ver en todas direcciones, volviendo la cabeza en el interior de aquella esfera. Así que estuvo situada en su puesto, los aparatos Rouquayrol, colocados en nuestra espalda, comenzaron á funcionar; y por mi parte, puedo asegurar que respiraba perfectamente. La lámpara Ruhmkorff suspendida á mi cintura, y la escopeta en la mano, estaba dispuesto á la marcha; pero aprisionado en aquel pesado traje,

y clavado al piso por aquellas suelas de plomo, soy franco, me hubiera sido imposible dar un paso.

El caso estaba previsto, y conocí desde luégo que me empujaban á un cuartito contiguo al vestuario. Mis compañeros, remolcados tambien, igualmente me seguian, y oí una puerta provista de obturadores que se cerraba tras de nosotros, quedando en la más completa oscuridad.

Algunos minutos despues llegó á mis oidos un silbido muy vivo, y sentí cierta impresion de frio que subia desde los piés al pecho. Evidentemente, desde el interior del buque se habia dado entrada al agua exterior, que llenó muy pronto el cuarto en que nos encontrábamos. Otra puerta, abierta al costado del *Nautilus*, se abrió entónces, y pudimos divisar alguna cosa. Un instante despues hollaban nuestros piés el fondo del mar.

Y ¿cómo podria yo ahora trazar las impresiones que me ha dejado aquel paseo bajo las aguas? Las palabras son impotentes para expresar de una manera comprensible tales maravillas! Cuando el pincel mismo no podria dar idea exacta de los efectos particulares y propios del elemento líquido, ¿cómo habria la pluma de reproducirlos?

El capitán Nemo iba delante, siguiéndonos á alguna distancia su compañero. Consejo y yo íbamos uno al lado del otro, como si hubiéramos podido cambiar alguna palabra al través de nuestras caperuzas metálicas. Nada me parecia ya pesado; ni mi ropa, ni mi calzado, ni mi receptáculo de aire, ni aquella gruesa esfera, en medio de la cual mi cabeza bailaba cual dentro de su cáscara la almendra. Todos esos objetos, sumergidos en el agua, perdian una parte de su peso igual al del líquido desalojado, y me iba muy bien con esta ley física descubierta por Arquímedes. Ya no era yo una masa inerte, teniendo, por el contrario, una libertad de movimientos relativamente grande.¹

¹ El cuerpo humano desaloja una cantidad de agua poco menor en peso que el suyo propio. De aquí esa facilidad de mantenerse sobre las aguas que tienen los nadadores. Ahora bien, como la escafandra aumenta el volúmen de líquido desalojado, áun cuando el aparato pesase en el aire tanto como la persona que lo lleva, ésta andaria dentro de las aguas con más ligereza todavía que sin escafandra fuera de ellas. (*N. del T.*)



Fig. 1. De Waar Schijking.

Me asombró por su intensidad la luz solar, cuyos rayos, rasgando fácilmente aquella masa líquida y disipando sus colores, iluminaban el fondo hasta treinta piés por debajo de la superficie del Océano. Á una distancia de cien metros, los objetos se distinguían claramente; más allá, los fondos se matizaban con delicadas degradaciones azúreas, que en lontananza se desvanecían en medio de una vaga oscuridad. Aquella agua que me rodeaba se asemejaba ciertamente á una especie de aire más denso que la atmósfera terrestre, pero casi tan diáfano como ella. Encima de mí divisábase la tranquila superficie del mar.

Caminábamos sobre un suelo de arena fina, liso, y no rizado como el de las playas, que conservan la huella de la resaca. Aquella alfombra resplandeciente reflejaba los rayos del sol con sorprendente potencia, produciendo una reverberacion de que todas las moléculas líquidas se hallaban penetradas. ¿Podrán ser creidas mis palabras al asegurar que en aquella profundidad de treinta piés se veía tan claro como al aire libre?

Durante un cuarto de hora anduve pisando una arena ardiente sembrada de un impalpable polvo de conchas. El casco del *Nautilus*, dibujado como un largo escollo, se alejaba de nuestra vista paulatinamente; pero su fanal, cuando llegara la noche, debía facilitar nuestro regreso á bordo, proyectando sus rayos luminosos con perfecta nitidez; efecto difícil de comprender para quien sólo en tierra ha visto esas ráfagas blanquecinas de la luz eléctrica tan vivamente pronunciadas. Allí, el polvo que fluctúa por la atmósfera les da la apariencia de una niebla luminosa; pero, sobre el mar y dentro del mar, esos destellos se transmiten con incomparable pureza.

Entretanto seguíamos andando, sin que la vista alcanzase, al parecer, los límites de aquella extensa llanura de arena. Yo apartaba con la mano las masas líquidas, que, abiertas á mi paso, se cerraban tras de mí, y la huella de mis plantas quedaba borrada por la presión del agua.

Muy luégo comenzó mi vista á distinguir algunas formas de objetos que se iban dibujando en lontananza, hasta que reconocí los primeros contornos de magníficas peñas tapizadas con las mejores muestras de zoófitos, sorprendiéndome ante todo un efecto que especialmente se produce en aquellos parajes.

Eran las diez de la mañana. Los rayos solares herian la superficie de las aguas bajo un ángulo bastante oblicuo, y al contacto de su luz, descompuesta por la refraccion, como al través de un prisma, flores, peñas, plantas, conchas, pólipos se matizaban en sus bordes con los siete colores del iris. Aquel tejido de teñidos reflejos y de variados tonos de luz era una maravilla, una fiesta de los ojos, un verdadero kaleidoscopio de verde, de amarillo, de anaranjado, de morado, de añil, de azul; en fin, toda la paleta de un fogoso pintor. ¡Cuánto sentia no poder transmitir á Consejo las vivas sensaciones que me subian al cerebro, y rivalizar con él en exclamaciones de admiracion! Y ¡cuán penoso me era tambien no poder comunicar mis ideas por medio de signos convenidos, como lo hacian Nemo y su compañero! Por eso, y á falta de otra cosa mejor, hablaba conmigo mismo, y gritaba dentro del capacete de laton que rodeaba mi cabeza, gastando quizá en vanas palabras más aire de lo que convenia.

Ante espectáculo tan espléndido, Consejo se habia quedado parado como yo, siendo indudable que aquel digno mozo se entretenia en clasificar, como de costumbre, los zoófitos y moluscos que se le ofrecian á la vista. Las ísis variadas; las cornularias, que viven en aislamiento; las aglomeraciones de oculinas vírgenes, designadas antiguamente con el nombre de coral blanco; las fungias, erizadas en forma de hongos; las anémonas, adherentes por su disco muscular, figuraban un cuadro de flores sembrado de porpitas adornadas con su gorguera de tentáculos azulados, de estrellas de mar, imitando constelaciones sobre la arena, y de asterofitonos verrugosos, finos encajes bordados por la mano de las náyades, y cuyos festones se mecian bajo las blandas ondulaciones provocadas por nuestros pasos. Experimentaba yo un profundo pesar al aplastar bajo mis plantas los brillantes ejemplares de moluscos que cubrian el suelo á millares: las pechinas concéntricas, los martillos, las donáceas, verdaderas conchas saltadoras, los trocos, los cascos rojos, los estrombos de ala de ángel, las afisias, y otros muchos productos del inagotable Océano. Pero era necesario andar, y seguíamos adelante, miéntras que por encima de nosotros nadaban tropeles de fisalias, dejando que sus azulados tentáculos flotasen á la rastra; tambien bogaban medusas, cuyo parasol opalino ó de color de rosa

bajo, festoneado con un liston azúreo, nos abrigaba de los rayos solares, y pelagias panópiras, que en la oscuridad hubieran derramado por nuestro camino brillos fosforescentes.

Todas estas maravillas contemplé en el espacio de un cuarto de milla, sin pararme casi nada, y siguiendo al capitán Nemo, que me hacía señas para que anduviese. Muy luégo la naturaleza del suelo se modificó. Á la llanura de arena sucedió una capa de cieno viscoso, que los americanos llaman *oaze*, compuesto únicamente de conchas silíceas ó calcáreas. Recorrimos despues una pradera de algas, plantas pelagianas que las aguas no habian arrancado todavía, y cuya vegetacion era muy frondosa. Aquel césped, de tejido menudo y suave bajo el pié, hubiera rivalizado con las alfombras más blandas labradas por la mano de los hombres. Y al mismo tiempo que el verdor se desplegaba por donde pisábamos, no nos abandonaba tampoco por encima de nosotros. Cruzábase en la superficie de las aguas un ligero dosel de plantas marinas, clasificadas en esa exuberante familia de las algas, de la cual se conocen más de dos mil especies. Yo veia ondular largas cintas de fucos, globulosos unos, tubulados otros; laurencias, cladóstevas de delicada hoja, rodímenos palmeados, semejantes á abanicos de cactus. Observé que las plantas verdes se mantenian más cerca de la superficie del mar, miéntras que las encarnadas ocupaban una profundidad média, dejando que las hidrófitas negras ó pardas formasen los jardines y cuadros de las capas más remotas del Océano.

Esas algas son ciertamente un prodigio de la Creacion, una de las maravillas de la flora universal. Esta familia produce á la vez los más pequeños y los mayores vegetales del Globo; pues así como se han contado cuarenta mil plantitas de esas en el espacio de cinco milímetros superficiales, así tambien se han recogido fucos cuya longitud pasaba de quinientos metros.

Como cosa de hora y media habia trascurrido desde nuestra salida del *Nautilus*, y eran cerca de las doce, como lo indicaba la perpendicularidad de los rayos solares, que ya no se refractaban. La magia de los colores fué desapareciendo, y los matices de la esmeralda y del zafiro se borraron de nuestro firmamento. Los ruidos más insignificantes se trasmitian con una velocidad á la cual no está acostumbrado el oido en tierra; y es porque mejor vehículo que el

aire para el sonido es el agua, en la cual se propaga con cuádruple rapidez.

En aquel momento el piso fué descendiendo con pronunciado declive, y la luz adquirió un matiz uniforme. Llegamos á una profundidad de cien metros, bajo una presión de diez atmósferas, que sin embargo no me molestaba, á causa de las buenas condiciones con que estaba construida mi escafandra. Solamente sentía cierta incomodidad en las articulaciones de los dedos, que tampoco tardó en desaparecer. En cuanto al cansancio que este paseo de dos horas debía producir, bajo un ropaje á que no estaba acostumbrado, era nulo, porque mis movimientos, ayudados por el agua, se efectuaban con sorprendente facilidad.

Llegado á esta profundidad de trescientos cincuenta piés, yo percibía aún los rayos solares, pero débilmente. Á su brillo intenso había sucedido un crepúsculo rojizo, término medio entre el día y la noche. Veíamos, sin embargo, lo suficiente para guiarnos sin que fuera todavía necesario poner en actividad los aparatos de Ruhmkorff.

Detúvose entonces el capitán Nemo, y, aguardando que le hubiese alcanzado, me enseñó con el dedo algunas masas oscuras que se vislumbraban á corta distancia entre la sombra.

Me ocurrió que aquélla sería la selva de la isla de Crespo, y no me equivoqué.

Luis Payne

CAPÍTULO XVII.

UNA SELVA SUBMARINA.

Habíamos llegado por fin á los lindes de aquella selva, una de las más bellas, sin duda, del inmenso dominio del capitán Nemo. La consideraba como suya, atribuyéndose sobre ella los mismos derechos que los primeros hombres tuvieron durante la época primitiva del mundo. ¿Quién le hubiera disputado, por otra parte, la posesion de aquella propiedad submarina? ¿Quién otro, más audaz que él, hubiera venido con hacha en mano á desmontar aquellas umbrosas espesuras?

Componíase la selva de grandes plantas arborescentes; y tan luégo como hubimos penetrado entre ellas, llamó la atencion de mis miradas una singular disposicion de las ramificaciones; disposicion que yo no habia observado hasta entónces.

Ninguna de las yerbas que alfombraban el suelo, ninguna de las ramas que brotaban de los arbustos se enredaba, ni se encorbaba, ni se extendia en sentido horizontal. Todas subian hácia la superficie del Océano. No habia filamentos, ni hojas á manera de cinta, por delgadas que fuesen, que no se mantuviesen en posicion derecha, como varillas de hierro. Los fucos y los bejucos se desarrollaban en línea rígida y perpendicular, determinada por la densidad del elemento donde habian nacido. Inmóviles por otra parte aquellas plantas, cuando yo las apartaba con la mano recobraban en seguida su posicion primera. Aquel era el reino de la verticalidad.

No tardé en acostumbrarme á tan extraña disposicion, así como á la oscuridad relativa que nos envolvía. El suelo de la selva estaba sembrado de cantos agudos, difíciles de evitar. La flora submarina me pareció bastante completa, y más rica todavía que lo hubiera sido bajo las zonas árticas ó tropicales, donde sus productos son ménos numerosos. Pero durante algunos minutos confundí involuntariamente los reinos entre sí, equivocando los zoófitos con las hidrófitas, y los animales con las plantas. Y ¿quién no se hubiera engañado? ¡La fauna y la flora se tocan tan de cerca en el mundo submarino!

Observé que todas aquellas producciones del reino vegetal no estaban adheridas al suelo sino por una especie de basamento superficial. Desprovistas de raíces, indiferentes á todo cuerpo sólido, arena, concha ó guijarro que las sostiene, le piden tan sólo un punto de apoyo, pero ninguna vitalidad. Estas plantas no proceden sino de sí mismas, y el principio de su existencia está en el agua que las mantiene y nutre. La mayor parte tenían, en vez de hojas, unas tiras de formas caprichosas, circunscritas en una corta gradación de colores, el rosado, el carmin, el verde, el aceitunado y el pardo. Volví á ver, pero no ya desecadas, como las muestras del *Nautilus*, las padinas ó colas de pavo, desplegadas en abanico, que parecían solicitar la brisa; las ceramias de color escarlata; las laminarias, alargando sus tiernos retoños comestibles; las nereocístneas filiformes y fluxuosas, que se abrían á una altura de quince metros; ramilletes de acetábulos, cuyos tallos crecen por el vértice, y muchas otras plantas pelagianas, todas desprovistas de flores. «¡Curiosa anomalía, extraño elemento, ha dicho un ingenioso naturalista, donde el reino animal florece, y donde el vegetal no produce flores!»

Entre aquellos diferentes arbustos, grandes como los árboles de nuestras zonas templadas, y bajo su húmeda sombra, se agrupaban verdaderos zarzales de flores vivas; setos de zoófitos, sobre los cuales se abrían las meandrinas, listadas de surcos sinuosos; las cariofileas amarillentas, de tentáculos diáfanos; las aglomeraciones de zoantarios, asemejando el césped; y, para completar la ilusion, los peces-moscas revoloteaban de rama en rama como un enjambre de colibrís, miéntas que los amarillos lepisacantos, de mandíbula eri-

zada y escamas agudas, los dactilópteros y los monocentros se levantaban bajo nuestros pasos como un tropel de gallinetas.

Hacia la una, el capitán Nemo dió la señal de alto, lo cual me satisfizo bastante, y nos tendimos bajo un dosel de aláricas, cuyas largas tirillas adelgazadas se levantaban como saetas.

Me pareció delicioso este instante de reposo, no faltándonos más que el encanto de la conversacion; pero era imposible hablar ni responder. Me limité tan solo á acercar mi gran cabeza de laton á la de Consejo, y vi los ojos de este buen muchacho brillar de contento. En señal de satisfaccion se agitó en su capacete del modo más cómico del mundo.

Despues de cuatro horas de semejante paseo, me sorprendió mucho el no sentir unas violentas ganas de comer. Yo no puedo decir en qué consistia esta disposicion del estómago; pero en cambio experimentaba un insuperable deseo de dormir, como suele suceder con todos los buzos. Por eso mis ojos se cerraron muy pronto bajo su espeso cristal, y caí en una invencible soñolencia, que sólo el movimiento de la marcha habia podido contener hasta entónces. El capitán Nemo y su robusto compañero, extendidos en medio de aquella agua cristalina, nos daban el ejemplo para dormir.

No me es posible calcular el tiempo que estuve sumido en aquel profundo sopor; pero, cuando me desperté, me pareció que el sol descendia hácia el horizonte. El capitán Nemo estaba ya despierto; y comencé á desperezarme, cuando una aparicion inesperada me hizo poner súbitamente de pié.

Á algunos pasos, una monstruosa araña de mar, alta de un metro, me miraba con sus ojos atravesados, pronta á arrojarse sobre mí. Aunque mi escafandra fuese bastante gruesa para defenderme de las mordeduras del animal, no pude reprimir un movimiento de horror. Consejo y el marinero del *Nautilus* se despertaron entónces. El capitán Nemo enseñó el asqueroso animal á su compañero, quien le asestó con la escopeta un violento culatazo, y pronto vi las horribles patas del monstruo retorcerse en convulsiones terribles.

Este encuentro me hizo pensar que otros animales más temibles debian frecuentrar aquellos fondos oscuros, y que mi escafandra no me protegeria contra sus ataques. No me habia ocurrido esto hasta entónces, y resolví estar con cuidado. Suponia yo ademas que aquel

descanso indicaba el término de nuestro paseo; pero me equivocaba, porque, al contrario, en vez de regresar al *Nautilus*, el capitán Nemo prosiguió su atrevida expedición.

El suelo seguía deprimiéndose; y su pendiente, siendo cada vez más pronunciada, nos condujo á mayores profundidades. Debían ser



próximamente las tres cuando llegamos á un estrecho valle, abierto entre altas paredes verticales, y situado á ciento cincuenta metros de fondo. Gracias á la perfeccion de nuestros aparatos, sobrepujábamos en noventa metros el límite que la Naturaleza habia impuesto hasta entónces á las excursiones submarinas del hombre.

Digo ciento cincuenta metros, aunque ningun instrumento me permitia evaluar esta distancia; pero yo sabía que, áun en los mares más lípidos, los rayos solares no pueden penetrar más allá. Y precisamente la oscuridad se hizo profunda, no siendo visible á diez pasos objeto alguno. Yo andaba á tientas, cuando vi brillar de repente una luz blanca y bastante viva. El capitán Nemo acababa de poner en actividad su aparato eléctrico, imitándole luégo su compañero. Consejo y yo seguimos este ejemplo, para lo cual establecí, por medio de un tornillo, la comunicacion entre la bobina y el serpiente de cristal: el mar entónces, alumbrado por nuestras cuatro linternas, se iluminó en un radio de veinticinco metros.

El capitán Nemo continuó penetrando en las oscuras profundidades de la selva, cuyos arbustos se iban aclarando cada vez más. Observé que la vida vegetal desaparecia más pronto que la animal. Las plantas pelagianas abandonaban aquel suelo, que para ellas se tornaba árido, en tanto que pululaba todavía por allí un número prodigioso de animales, zoófitos, articulados, moluscos y peces.

Miéntas seguíamos andando, me ocurrió que la luz de nuestros aparatos Ruhmkorff debia atraer necesariamente á algunos habitantes de aquellas capas sombrías; pero no se acercaban á bastante distancia para el alcance de unos cazadores. Várias veces se detuvo el capitán Nemo para echarse la escopeta á la cara; pero, despues de estar apuntando durante algunos momentos, la recogia para continuar su marcha.

Por último, esta maravillosa excursion concluyó hácia las cuatro, viéndonos detenidos por un muro de soberbios peñascos, masa imponente, amontonamiento de gigantescas rocas, enorme acantilado de granito, lleno de grutas oscuras, pero que no ofrecia ninguna subida practicable.

Eran los cantiles ¹ de la isla de Crespo. Era la tierra.

Detúvose de pronto el capitán Nemo, dándonos la señal de alto; y, por más deseos que tuviera yo de trepar por aquella muralla, no pude hacer otra cosa que pararme. Allí terminaban los dominios de

¹ Es la costa brava que desde el fondo del mar está cortada más ó ménos verticalmente, así como se llaman veriles las orillas de los bajos ó placeres. (N. del T.)

nuestro jefe. No queria trasponerlos. Más allá existia esa porcion del Globo que no debia volver á pisar con su planta.

Nuestro regreso comenzó. El capitán Nemo se habia puesto de nuevo al frente de su pequeña comitiva, dirigiéndose siempre sin vacilar. Me pareció que no seguíamos el mismo rumbo para volver al *Nautilus*. El nuevo camino, muy pendiente, y por consiguiente penosísimo, nos acercó con rapidez á la superficie del mar. Sin embargo, este regreso á las capas superiores no fué tan súbito que pudiera causar un decrecimiento de presión demasiado pronto, porque esto hubiera podido ocasionar desórdenes graves en nuestro organismo, determinando ciertas lesiones internas, que tan fatales son para los buzos. Muy luégo reapareció y creció la luz del día; y, como el sol estaba ya bajo en el horizonte, la refracción volvió á teñir con irisado anillo los contornos de los objetos.

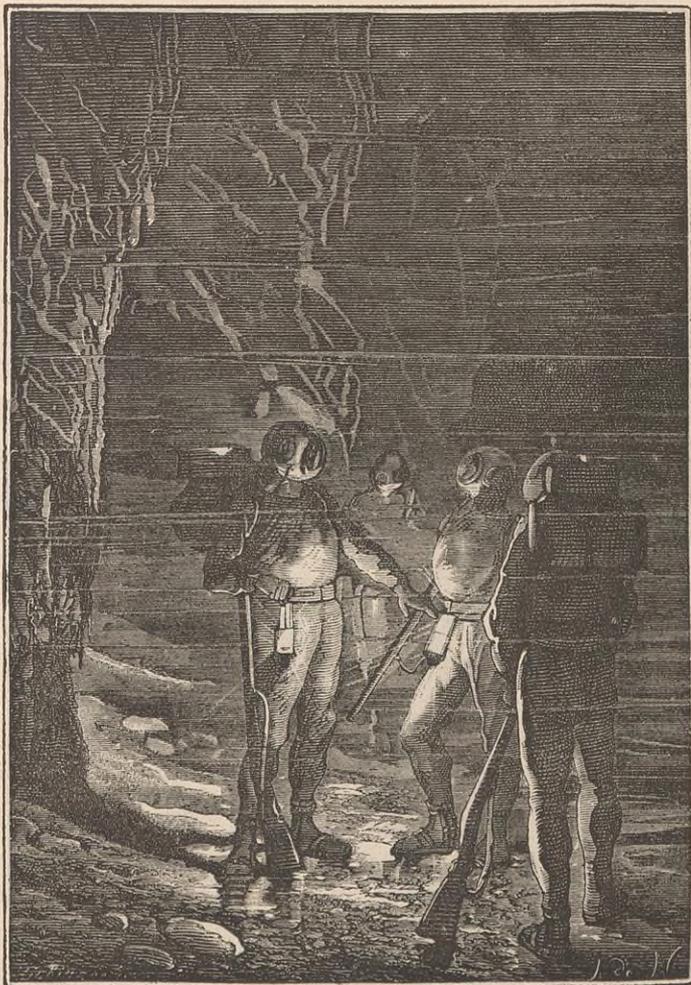
Á diez metros de profundidad, caminábamos entre un enjambre de pececitos de toda especie, más numerosos que las aves en el aire, más ágiles tambien; pero ninguna caza acuática, digna de recibir un tiro, se habia ofrecido aún á nuestra vista.

En aquel momento noté que el capitán Nemo seguia con la escopeta apuntada á algun objeto que se movia entre los zarzales. El tiro salió, escuché un débil silbido, y un animal cayó herido de muerte á algunos pasos.

Era una magnífica nutria de mar, único cuadrúpedo que sea exclusivamente marino. Tenía metro y medio de longitud, y debia ser de gran precio, porque su piel, de color pardo castaño por el lomo y plateada por debajo, constituye una de esas pellejas tan solicitadas en los mercados rusos y chinos, asegurándole lo lustroso y delicado de su pelo un valor por lo ménos de dos mil pesetas. Mucho admiré aquel curioso mamífero, de cabeza redondeada, orejas cortas, ojos circulares, bigotes blancos y semejantes á los del gato, piés palmeados y con uñas, y rabo peludo. Este precioso carnívoro, cazado y perseguido por los pescadores, es cada día más raro, habiéndose refugiado principalmente en las porciones boreales del Pacífico, donde probablemente no tardará en extinguirse su especie.

El compañero del capitán Nemo cargó la nutria sobre sus hombros, y volvimos á emprender nuestro camino.

Durante una hora se desarrolló bajo nuestras plantas una llanura arenisca, cuyo suelo se elevaba con frecuencia á ménos de dos metros de la superficie del mar. Entónces vi nuestras imágenes, claramente reflejadas sobre esta superficie cual en un espejo, aparecer en sentido inverso, reproduciendo nuestros movimientos y nues-



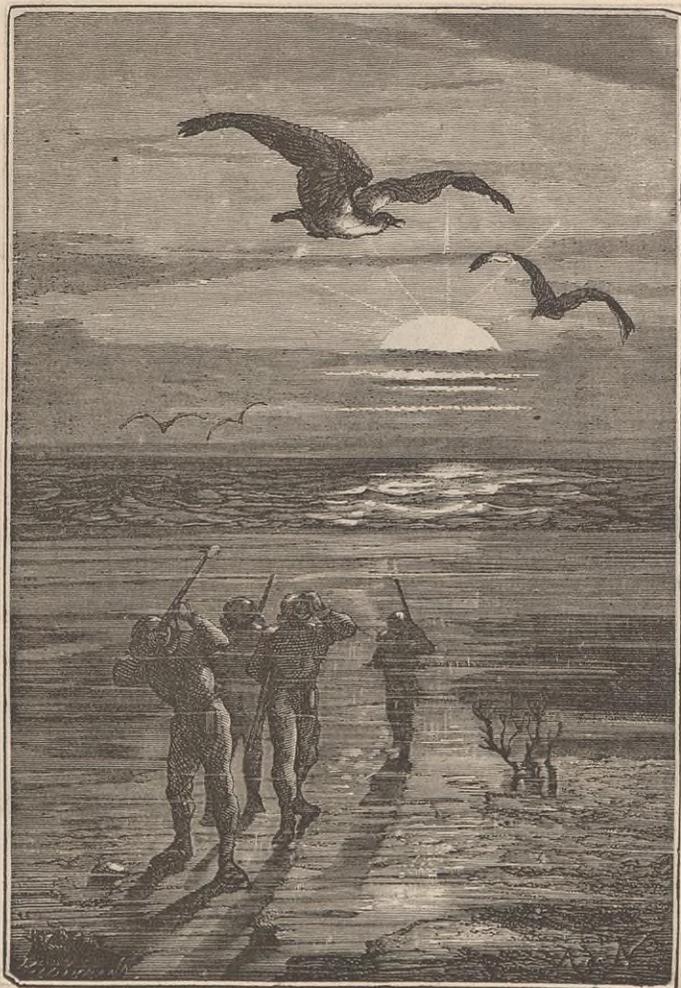
tros ademanes con toda identidad; pero con la diferencia de andar con la cabeza hácia abajo y los piés para arriba.

El espesor variable de las grandes olas de fondo causaba sobre la misma superficie otro efecto muy notable, á saber: la apariencia de espesas nubes que se formaban y desvanecian rápidamente, ad-

:

virtiéndose hasta el espumoso y blanco cabrilleo que al quebrarse producian. Tambien se divisaba el paso veloz de las sombras que las grandes aves proyectaban en las aguas al pasar sobre nosotros.

En esta ocasion fuí testigo de uno de los mejores tiros que ha-



yan podido conmover las fibras de un cazador. Una ave corpulenta, de alas anchurosas, perfectamente visible, se acercaba, cerniéndose, hasta que, llegada á algunos metros sobre las aguas, el compañero del capitan Nemo la apuntó y disparó. Cayó el animal herido de muerte, viniendo á parar en su descenso al alcance del dies-

tro cazador. Era un albatros de la más bella especie, admirable ejemplar de las aves pelagianas.

Nuestra marcha no se interrumpió con este incidente, y por espacio de dos horas estuvimos recorriendo, ora unas llanuras areniscas, ora unas praderas de fucos de muy penoso andar. Francamente, ya no podía conmigo, cuando advertí que cierto brillo interrumpía la oscuridad de las aguas á media milla de distancia. Era el fanal del *Nautilus*. Antes de veinte minutos debíamos estar á bordo para respirar con holgura, porque parecíame ya que mi receptáculo no suministraba más que un aire muy pobre de oxígeno; pero yo no contaba con un encuentro que atrasó algún tanto nuestro regreso.

Me habia quedado rezagado á unos veinte pasos, cuando vi que el capitán Nemo volvía bruscamente hácia mí. Con mano vigorosa me echó al suelo, mientras que su compañero hacía otro tanto respecto de Consejo. No supe qué pensar de pronto ante tan inesperada acometida; pero me tranquilicé al observar que el capitán se echaba también cerca de mí y se mantenía quieto.

Me hallaba pues echado sobre el fondo y abrigado precisamente por una zarza de fucos, cuando, al levantar la cabeza, divisé unas enormes masas que pasaban ruidosamente despidiendo resplandores fosforescentes.

Mi sangre se heló en las venas. Habia reconocido que nos veíamos amenazados por unos formidables escualos. Era un par de tintóreas, terribles tiburones, de cola enorme, mirada apagada y vidriosa, que destilan cierta materia fosfórica por unos orificios que tienen alrededor del hocico. Aquellos animales son unas fieras monstruosas, que trituran á un hombre entero entre sus mandíbulas de hierro. Yo no sé si Consejo se entretenía en clasificarlos; mas, por lo que á mí tocaba, el plateado abdómen y la formidable boca erizada de dientes, de tan temibles peces, fueron por mí observados bajo un punto de vista bien poco científico, y más bien como víctima que como naturalista.

Afortunadamente, estos voraces animales tienen poca vista, y pasaron sin apercibirnos, rozándonos con sus nadaderas parduzcas, y escapando así nosotros como por milagro de aquel peligro, mayor seguramente que el encuentro del tigre en medio de una selva.

Media hora despues, guiados por la ráfaga eléctrica, alcanzamos el *Nautilus*. La puerta exterior habia quedado abierta, y el capitán Nemo la cerró tan pronto como estuvimos en la primera celda. Despues apretó un boton, sentí maniobrar las bombas dentro del barco, y disminuir el agua alrededor de mí. En algunos instantes quedó vaciada aquella cámara; se abrió la puerta interior, y entramos en el vestuario.

Aquí nos despojamos, no sin trabajo, de nuestras escafandras; y muy molido yo, y rendido de hambre y de sueño, me dirigí á mi cámara, aunque maravillado todavía de aquella sorprendente excursion al fondo de los mares.

Luis Jayme

CAPÍTULO XVIII.

CUATRO MIL LEGUAS DENTRO DEL PACÍFICO.

Al siguiente día, 18 de Noviembre, ya estaba perfectamente re-
puesto de mis fatigas de la víspera, y subí á la plataforma, en el
momento en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba su frase cuo-
tidiana. Me ocurrió entónces que las enigmáticas palabras se refe-
rían al estado del mar, ó que más bien significaban: «Nada tenemos
á la vista.»

Y en efecto, el Océano estaba desierto. Ni una vela se divisaba
en el horizonte. Las alturas de la isla de Crespo habian desaparecido
durante la noche. El mar, absorbiendo los colores del prisma, á ex-
cepcion de los azules, reflejaba estos últimos en todas direcciones,
revistiéndose con un admirable matiz de añil. Sobre las olas ondu-
losas se dibujaban con toda regularidad unas anchas rayas de tor-
nasolado aspecto.

Estaba yo admirando efecto tan magnífico, cuando el capitán
Nemo apareció. No advirtió al parecer mi presencia, y comenzó una
serie de observaciones astronómicas. Terminada su operacion, se
apoyó de codos sobre el barandillaje del fanal, perdiéndose sus mi-
radas en la superficie del Océano.

Entretanto, unos veinte marineros del *Nautilus*, gente toda
muy vigorosa y bien constituida, habian subido sobre la plataforma.
Venian á retirar las redes, que se habian dejado á la rastra durante
la noche. Era evidente que aquellos marineros pertenecian á dife-
rentes naciones, aunque en todos ellos estaba indicado el tipo euro-

peo. Reconocí, sin equivocarme, algunos irlandeses, franceses y eslavos, y un griego ó candiota. Por lo demas, eran sobrios de palabras, y empleaban el extraño lenguaje cuyo origen no podia yo comprender, debiendo renunciar, por estos motivos, á hacerles pregunta ninguna.

Se izaron las redes á bordo. Eran una especie de barrederas, semejantes á las empleadas en las costas de Normandía, á modo de bolsas entreabiertas por medio de una verga flotante y una cadena pasada por las mallas inferiores. Estas bolsas, así arrastradas sobre sus armaduras de hierro, barrían el fondo del Océano y recogían todos sus productos. Aquel dia contenían curiosos ejemplares de aquellos sitios abundantes en pesca, tales como lofias, llamadas también histriones por sus movimientos cómicos, y en lenguaje vulgar balderayas, balistes ondulados, rodeados de cintillas encarnadas; tetrodotes cuadrantes ú orbes, cuyo veneno es sutilísimo; algunas lampreas de color aceitunado; macrorincos, cubiertos de escamas plateadas; triquiuros, cuya fuerza eléctrica es igual á la del gimnoto y de la tremielga; notópteros escamosos, de fajas pardas transversales; gados verdosos; diferentes variedades de gubios; y, por último, algunos peces de proporciones más grandes; una caranga de cabeza prominente, larga de un metro; varios y hermosos escombros; bonítalos, recamados de azul y plata, y tres magníficos atunes, que, á pesar de lo rápido de su marcha, no habían podido salvarse de la red.

Calculé que esta pesca ascendía á más de mil libras, lo cual, aunque satisfactorio, no era sorprendente, porque, estando las redes á la rastra durante varias horas, recogen en su prision de cuerdas todo un mundo acuático. No debíamos pues carecer de víveres de excelente calidad, que la rapidez del *Nautilus* y la atraccion de su luz eléctrica podían incesantemente renovar.

Estos diversos productos del mar fueron inmediatamente metidos por el escotillon para ser conducidos á la despensa, estando los unos destinados á ser comidos frescos y los otros á ser conservados.

Terminada la pesca y renovada la provision de aire, creí que el *Nautilus* iba á seguir su excursion submarina; y me preparaba á regresar á mi cámara, cuando el capitán Nemo, volviéndose hácia mí, me dijo sin preámbulo alguno:

colocado en un grado superior al de congelacion el máximum de densidad del agua. Y si no me engaño, la parte sumergida de estos hielos debe ser cuatro veces mayor que la parte visible sobre la superficie.

—Poco más ó ménos, señor profesor. Para cada pie que los témpanos tienen fuera del mar, hay tres debajo. Ahora bien; puesto que estas montañas de hielo no pasan de cien metros, su profundidad debe ser de trescientos todo lo más. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

—Nada, señor.

—Y si quiere, podrá ir á mayor profundidad en busca de esa temperatura uniforme de las aguas marinas, y allí arrostraríamos impunemente los treinta ó cuarenta grados de frio de la superficie.

—Eso es muy exacto, dije cobrando ánimo.

—La única dificultad será la de estar algunos dias sumergidos sin renovar nuestra provision de aire.

—Si no es más que eso, dije, el *Nautilus* tiene extensos receptáculos; los llenaremos y nos darán todo el oxígeno necesario.

—Bien pensado, señor Aronnax, respondió el capitán sonriendo. Pero no queriendo que podáis tacharme de temerario, voy á someteros todas mis objeciones.

—¿Aún teneis alguna que hacer?

—Una tan sólo. Es posible que si el mar existe en el Polo meridional, se halle enteramente helado y que no podamos volver á la superficie.

—¿Pero olvidais que el *Nautilus* va armado de un espolon formidable, y que puede arrojarse oblicuamente contra esos campos de hielo que se abririan al choque?

—Por cierto que no careceis de ideas hoy, señor profesor.

—Por otra parte, añadí, creciendo más y más en entusiasmo, ¿por qué no ha de existir en el Polo meridional el mar libre como en el Polo norte? Los polos del frio no coinciden con los terrestres ni en uno ni en otro paraje, y hasta prueba de lo contrario debemos suponer que existen, ó bien un continente, ó bien un Océano despejado de hielos en ambos puntos del Globo.

—Asi lo creo, señor Aronnax. Pero me permitireis haceros una observacion, y es que despues de haber emitido tantas objeciones

contra mi proyecto, ahora me abrumais de argumentos en su favor.

Decia bien el capitán Nemo. Ya le era superior en audacia! Era yo quien le empujaba al Polo. Me adelantaba á él, dejándole muy atras..... Mas no, pobre loco! ¡Mejor que yo conocia el capitán el pro y el contra de la cuestion, y se divertia en verme arrebatado por los ensueños de lo imposible!

Entretanto no habia él perdido un momento. Á una señal suya apareció el segundo, y ámbos conversaron rápidamente en su incomprendible idioma, y ora hubiese ya estado prevenido el recién llegado, ora le pareciese el proyecto practicable, ninguna sorpresa manifestó.

Mas por impasible que fuese, no fué en esto superior á Consejo, cuando anuncié á este buen muchacho nuestro intento de llegar hasta el Polo.

Fue mi comunicacion acogida con las acostumbradas palabras de *como el señor guste*, y con esta respuesta debí contentarme.

En cuanto á Ned-Land, nunca le habia visto encogerse de hombros con tanta decision.

—Mirad, me dijo, me dais lástima vos y vuestro capitán Nemo.

—Pero iremos al Polo, señor Ned-Land.

—Posible es, mas no volveremos!

Y el arponero se metió en su camarote por no producir algun disgusto, como me dijo al salir.

Entretanto comenzaban los preparativos de tan audaz empresa. Las potentes bombas del *Nautilus* repelian el aire en los recipientes y lo almacenaban á una alta presion. Hacia las cuatro, el capitán Nemo me anunció que se iban á cerrar las escotillas, y dirigí la última mirada á la banca de hielo que íbamos á trasponer. El tiempo estaba sereno, la atmósfera bastante pura, y el frio, que era intenso, descendia á 12° bajo cero; pero como el viento habia calmado, no era semejante temperatura del todo insoportable.

Unos diez hombres salieron á romper con picos el hielo formado alrededor del *Nautilus*, operacion que fue muy rápida por ser la congelacion reciente. Penetramos todos adentro, los depósitos se llenaron de agua, y el aparato no tardó en sumergirse.

Me habia sentado en el salon con Consejo, y por el cristal de

la ventana mirábamos las capas inferiores del Océano austral. El termómetro subía. La aguja del manómetro se desviaba sobre el cuadrante.

Á unos trescientos metros, como lo habia previsto el capitán Nemo, flotábamos bajo la superficie ondulada de la banca. Pero el *Nautilus* se sumergió todavía más, alcanzando una profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua iba mejorándose, lo cual no poco era debido también á los aparatos calefactorios del *Nautilus*. Todas las maniobras se cumplian con extraordinaria precision.

—Permítame el señor decirle que pasaremos, me dijo Consejo.

—Cuento con ello, respondí con el tono de una profunda convicción.

Bajo aquel mar, el *Nautilus* habia tomado directamente el camino del Polo, sin separarse de los 52° de longitud. En cuanto á la latitud, para llegar desde los 67° 30' á los 90°, teníamos que recorrer veintidos grados y medio, esto es, más de quinientas leguas. El *Nautilus* tomó una velocidad média de veintiseis millas por hora, esto es, la de un *express*, con lo cual le bastaban cuarenta horas para completar el viaje.

Durante una parte de la noche, la novedad de la situación nos mantuvo á Consejo y á mí en el salón. El mar se iluminaba bajo la radiación eléctrica del fanal, pero estaba desierto. Los peces no habitaban aquellas aguas encerradas, que únicamente les servian de paso para ir del Océano antártico al mar libre del Polo. Nuestra marcha era rápida, y bien se dejaba conocer por los estremecimientos de nuestro largo casco de acero.

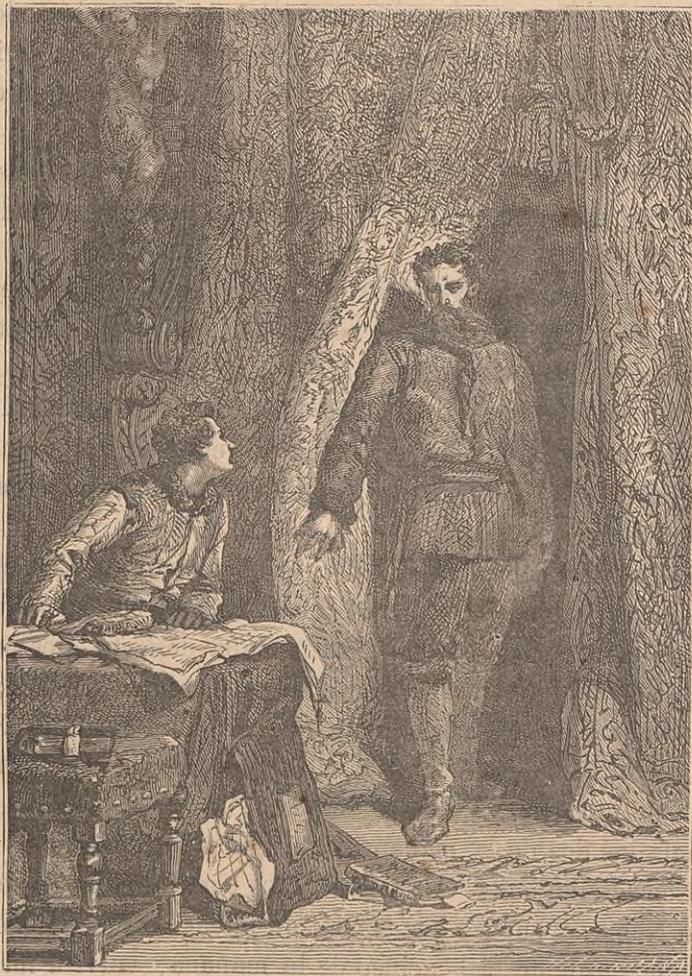
Hácia las dos de la mañana fui á tomar algunas horas de reposo. Consejo me imitó. Al atravesar los corredores no encontré al capitán Nemo, y supuse que estaría en la casilla del timonel.

Al día siguiente, á las cinco de la mañana, volví á mi puesto del salón. El loch eléctrico me indicó que la velocidad del *Nautilus* se habia templado y que iba subiendo, aunque prudentemente, vaciando sus depósitos.

Mi corazón latía. ¿Íbamos á salir ya á la atmósfera libre del Polo?

No. Un choque me demostró que el *Nautilus* habia tropezado

con la superficie inferior de la banca de hielo, muy gruesa todavía, si juzgarse debia por el sonido mate que produjo. En efecto, empleando la expresion marina, aunque en sentido inverso de su significacion, habíamos *tocado* á mil quinientos pies de profundidad, lo cual daba dos mil pies de hielo sobre nosotros, de los cuales



quinientos fuera del agua. Entónces la banca tenía un grueso superior al que habíamos medido en sus orillas, circunstancia poco tranquilizadora.

Durante aquella jornada, el *Nautilus* comenzó frecuentemente el mismo experimento, y vino siempre á dar contra aquella mura-

lla, que formaba techumbre sobre nosotros. En ciertos momentos la encontró á novecientos metros, y estó acusaba mil doscientos metros de grueso, de los cuales trescientos fuera de las aguas. Era el triple de su altura en el momento en que el *Nautilus* penetró debajo.

Anoté cuidadosamente las diferentes profundidades, y obtuve así el perfil submarino de aquella cordillera que se desarrollaba bajo las aguas.

Por la tarde, ningun cambio habia sobrevenido en la situacion. Siempre estaba el hielo entre cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. La disminucion era evidente; pero ¡cuán gruesa era todavía la barrera que nos separaba de la superficie!

Erar entónces las ocho. Hacía cuatro horas que debiera haberse renovado el aire en el interior del *Nautilus*, segun la diaria costumbre de bordo. Sin embargo, yo no sentia mucha molestia, aunque el capitan Nemo no habia tomado aún de los receptáculos un suplemento de oxígeno.

Mi sueño fue penoso durante aquella noche, asaltándome alternativamente la esperanza y el terror. Me levanté diferentes veces, y observé que los tanteos del *Nautilus* continuaban, hasta que pude advertir á cosa de las tres de la mañana que ya no estaba la superficie inferior del hielo sino á cincuenta metros. La banca iba convirtiéndose en *ice-field*. La montaña se iba reduciendo á llanura.

Ya no se apartaba mi vista del manómetro. Íbamos recorriendo diagonalmente la superficie resplandeciente del hielo que reverberaba los fulgores eléctricos. La banca disminuía en grueso, tanto por arriba como por abajo, formando prolongadas pendientes, que á cada milla iban haciéndose más y más pronunciadas.

Por último, á la seis de la mañana del memorable dia 19 de Marzo, la puerta del salon se abrió, y el capitan Nemo apareció diciéndome:

—El mar libre!

CAPÍTULO XIV.

EL POLO SUR.

Subí apresurado á la plataforma.

¡Sí! El mar libre! Apénas se divisaban algunos témpanos esparcidos y algunos *ice-bergs* movedizos; á lo léjos un mar extenso, un mundo de aves por los aires, y millares de peces bajo aquellas aguas que variaban, segun su fondo, desde el azul intenso al verde oliva. El termómetro indicaba tres grados sobre cero. Era una especie de primavera relativa, encerrada detras de la banca de hielo, cuya lejana masa se perfilaba sobre el horizonte del Norte.

—Estamos en el Polo? pregunté al capitan con el corazon palpitante.

—Lo ignoro, respondió. Á las doce tomaremos el punto.

—Pero veremos el sol al traves de esas brumas? dije mirando el ceniciento cielo.

—Por poco que se le vea me bastará, respondió el capitan.

Á diez millas del *Nautilus*, hácia el Sur, se elevaba un islote solitario á una altura de doscientos metros. Caminábamos hácia él, pero con prudencia, porque aquel mar podia estar sembrado de escollos.

Una hora despues habíamos alcanzado el islote. Dos horas más tarde habíamos dado la vuelta en su derredor. Medía unas cuatro á cinco millas de circunferencia. Un canal estrecho lo separaba de una tierra de considerable extension, quizá un continente, cuyos límites no podíamos percibir. La existencia de esta tierra parecia justificar las hipótesis de Maury. El ingeniero americano habia observado en efecto, que entre el Polo Sur y los 60° de latitud, el

mar estaba cubierto de hielos flotantes, cuyas dimensiones eran enormes, y que no se han visto jamás en el Atlántico del Norte. De este hecho se ha sacado la consecuencia de que el círculo anártico encierra considerables tierras, puesto que los *ice-bergs* no se pueden formar en alta mar, sino en las costas. Según estos cálculos, la masa de hielos que rodea el Polo austral forma una especie de extenso casquete, cuya anchura debe llegar á cuatro mil kilómetros.

Entretanto, el *Nautilus*, por temor de encallar, se había detenido á tres cables de un banco de arena, dominado por un soberbio cúmulo de peñas. Se lanzó el bote al mar, y el capitán, con dos de sus hombres llevando los instrumentos, Consejo y yo, nos embarcamos. Eran las diez de la mañana. Yo no había visto á Ned-Land. El canadiense, sin duda, no quería confesar su error delante del Polo Sur.

Algunos golpes de remo llevaron el bote sobre la arena, donde encalló. En el momento en que Consejo iba á saltar en tierra, lo detuve.

—Señor, dije al capitán Nemo, á vos toca la honra de ser el primero en desembarcar.

—Si señor, respondió el capitán; y si no vacilo en pisar esa tierra del Polo, es porque hasta ahora no hay ser humano alguno que haya dejado aquí su planta.

Dicho esto, saltó ligeramente sobre la arena. Una viva emoción hacía latir el pecho. Trepó á una peña que dominaba á plomo á un promontorio, y allí, cruzado de brazos, la mirada ardiente, quieto, mudo, parecía tomar posesión de aquellas regiones australes. Después de cinco minutos de éxtasis, se volvió hácia nosotros, exclamando:

—Cuando queráis, señor profesor.

Desembarqué seguido de Consejo, y dejando los dos hombres en la canoa.

El suelo presentaba en extendido trecho una toba de color rojizo, como si estuviese cubierto de ladrillo molido. Estaba cubierto de escorias, de lava y de piedra pómez, con lo cual no podía desconocerse su origen volcánico. En ciertos parajes, algunas ligeras humaredas que desprendían sulfuroso olor, atestiguaban que

el fuego interior conservaba aún su potencia expansiva. Sin embargo, despues de haber trepado por un escarpe muy alto, no vi ningun volcan en el espacio de muchas millas. Sabido es que en estas regiones antárticas, James Ross ha encontrado los cráteres



del Erebo y del Terror en toda actividad, á los 167° de longitud y $77^{\circ} 32'$ de latitud.

La vegetacion de este asolado continente me pareció muy restringida. Algunos líquenes de la especie *Usnea metarcoxantha* se extendian sobre las ennegrecidas peñas, y ciertas plantitas microscópicas, tales como las diatómeas rudimentarias, especie de celdi-

llas dispuestas entre dos conchas cuarzosas, algunos fucos purpúreos y de color carmesí, sostenidos por unas vejiguillas natatorias arrojadas por la resaca á la costa, componian toda la escasa flora de esta region.

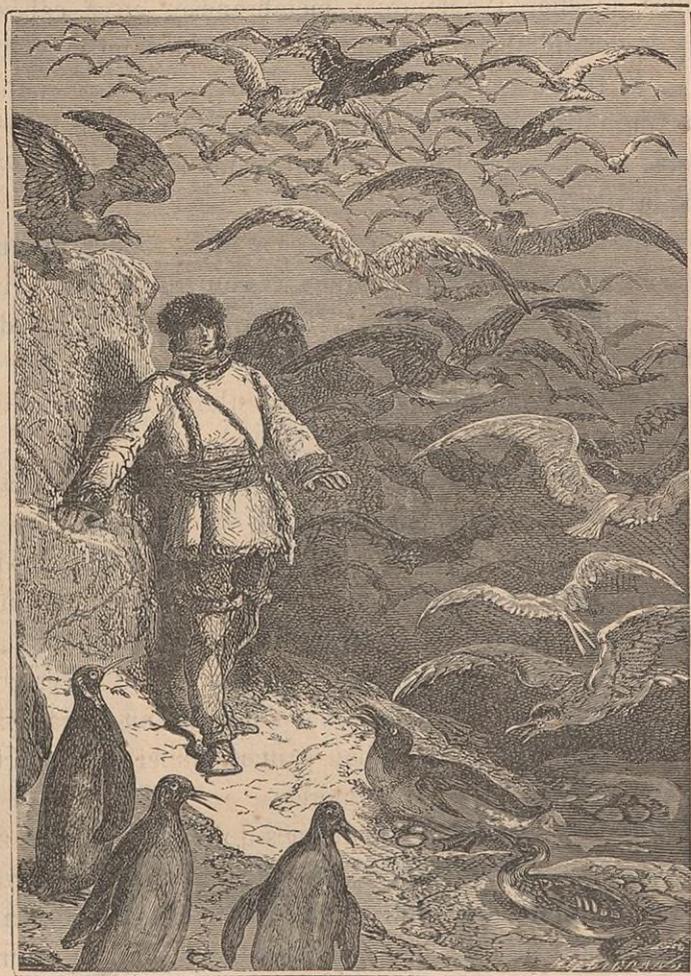
La playa estaba sembrada de moluscos, pequeñas almejas, pechinás, bucardas lisas en forma de corazones; y particularmente unos clios de cuerpo oblongo y membranoso, cuya cabeza está formada de dos lóbulos redondeados. Vi tambien millares de clios boreales, de tres centímetros de longitud, y de los cuales una ballena traga un mundo á cada bocado. Los lindos pterópodos, verdaderas mariposas del mar, animaban las aguas libres sobre el borde de la ribera.

Entre otros zoófitos, aparecian en los altos fondos algunas arborescencias coralíneas, de las que, segun James Ross, viven en los mares antárticos hasta mil metros de profundidad; y despues unos pequeños alciones pertenecientes á la especie *procellaria pelagica*, asi como muchas asterias particulares de aquellos climas, y estrellas de mar que cubrian todo el suelo.

Pero donde abundaba la vida era en los aires. Allí volaban y revoloteaban por millares ciertas aves de variadas especies, cuyos gritos nos ensordecian. Otras habia que, agrupadas sobre las peñas, nos miraban pasar sin recelo y apiñándose familiarmente á nuestro paso. Eran unos pinguinos, ó vulgarmente pájaros bobos ó niños, tan ágiles y flexibles en el agua, donde han sido á veces confundidos con rápidos bonitos, como torpes y pesados en tierra. Exhalaban gritos irregulares, y formaban grupos numerosos, sóbrios de movimiento, pero pródigos de clamores.

Entre las aves observé tambien unos quiónides, pájaros zancudos, del tamaño de una paloma, de color blanco, pico corto y cónico, y ojos rodeados por un círculo rojo. Consejo hizo alguna provision de estas aves que, bien condimentadas, forman un manjar agradable. Por los aires pasaban algunos albatros fuliginosos, que medían con las alas desplegadas cuatro metros, llamados con razon los buitres del Océano; unos petrales gigantescos, y entre otros el quebranta-huesos, de alas arqueadas, grandes comedores de focas; algunos tableros, especie de patitos, asi llamados por tener la parte superior del cuerpo matizada con cierta regularidad de

cuadritos blancos y negros; y por último, la serie completa de los petrales, unos blancos con alas ribeteadas de pardo, otros azules y especiales de los mares antárticos, y tan aceitosos, dije á Consejo, que los habitantes de las islas Feroe se contentan con adaptarles una mecha para encenderlos.



—Poco les faltaria, pues, para ser lámparas perfectas, respondió Consejo. Con esto, ya no puede exigirse á la naturaleza que los haya tambien provisto de mechas.

Despues de andar média milla, el terreno apareció sembrado de nidos de mancos, pájaros palmípedos, asi llamados por no tener

más que una especie de muñones por alas, y que fabrican para anidar una especie de madrigueras, de las cuales salían en grupos numerosos. El capitán Nemo hizo cazar más tarde algunos centenares de ellos, por ser su carne muy comestible. Asemajábanse sus gritos al rebuzno del asno. Estos animales, tamaños como un ganso, de color de pizarra por encima, blancos por debajo, y con el pescuezo teñido de amarillo, se dejaban matar á pedradas sin tratar de huir.

Entretanto, la bruma no se levantaba, y á las once el sol no habia aparecido todavía. Su ausencia no dejaba de inquietarme, porque sin él no eran posibles las observaciones, para saber si habíamos llegado al Polo.

Cuando alcancé al capitán Nemo, lo encontré silenciosamente apoyado de codos sobre un trozo de peña, y mirando el cielo. Parecía estar impaciente y contrariado. Pero, qué hacer? Aquel hombre audaz y poderoso no disponia del sol como del mar.

Llegó medio día sin que el radiante astro apareciese un solo instante, sin que ni áun posible fuera reconocer el sitio que ocupaba detras de la espesa bruma, la cual no tardó en convertirse en nieve.

—Hasta mañana, dijo simplemente el capitán.

Volvimos, pues, al *Nautilus*, acosados por los torbellinos de la atmósfera.

Durante nuestra ausencia se habian tendido las redes, y observé con interes los peces que se iban recogiendo. Los mares antárticos sirven de refugio á una multitud de peces viajeros, que huyendo de las tempestades de las zonas ménos elevadas, van á caer entre los dientes de los marsuinos y de las focas. Noté algunas cotas australes, largas de un decímetro, especie de cartilagosos blanquecinos, atravesados de bandas descoloridas y armados de aguijones; despues, unas quimeras antárticas, largas de tres pies, de cuerpo muy prolongado, piel blanca, plateada y lisa, cabeza redondeada, dorso provisto de tres aletas, hocico terminado por una trompa encorvada hácia la boca. Probé su carne, que me pareció insípida, á pesar de la opinion de Consejo, á quien gustó mucho.

La tempestad duró hasta el siguiente día. Era imposible mantenerse en la plataforma. Desde el salon en que observaba yo los

incidentes de esta escursión al continente polar, se oían los gritos de los petrales y de los albatros que jugaban en medio de la tormenta. El *Nautilus* no estuvo quieto, pues avanzó costeano una decena de millas hácia el Sur, en medio de aquella semiclaridad que dejaba el sol al rasar los bordes del horizonte.

Al siguiente día, 20 de Marzo, habia cesado la nieve. El frío era algo más vivo. El termómetro señalaba dos grados bajo cero. Las nieblas se levantaron, y esperé que aquel día pudiéramos efectuar nuestra observación.

No habiendo aparecido todavía el capitán Nemo, nos metimos Consejo y yo en el bote, llegándonos á tierra. La naturaleza del suelo era volcánica, pues se veían por todos lados vestigios de lavas, escorias y basaltos, sin advertir el cráter que los hubiese arrojado. Aquí también habia millares de aves que animaban aquella parte del continente polar. Pero dividían este imperio con numerosos rebaños de mamíferos marinos que nos contemplaban con dulce mirada. Eran focas de diversas especies, tendidas las unas por el suelo, recostadas las otras sobre témpanos de nieve, saliendo y entrando algunas en el mar, y sin huir de nosotros, pues nunca habian conocido al hombre. Con las que allí habia, algunos centenares de naves pudieran haberse llenado.

—Á fe mía, dijo Consejo, que es una fortuna que no me haya acompañado Ned-Land.

—Por qué?

—Porque el feroz cazador hubiera dado muerte á todo.

—Mucho decir es eso; pero creo en efecto que no hubiéramos podido evitar que nuestro amigo arponease algunos de estos magníficos cetáceos, causando con ello disgusto al capitán Nemo, porque no gusta de verter inútilmente la sangre de animales inofensivos.

—Y tiene razón.

—Ciertamente, Consejo. Pero dime, ¿no has clasificado ya esas soberbias muestras de la fauna marina?

—Bien sabe el señor que no estoy muy ducho en la práctica. Cuando el señor me haya dicho el nombre de esos animales.....

—Son focas y morsos.

—Dos géneros que pertenecen á la familia de los pinípedos, ór-

den de los carnívoros, grupo de los unguiculados, subclase de los monodelfianos, clase de los mamíferos, ramificación de los vertebrados.

—Bien, Consejo, respondí; pero ambos géneros se dividen en especies, y si no me engaño, aquí tendremos ocasión de observarlas. Sigamos adelante.

Eran las ocho de la mañana, y quedaban cuatro horas que emplear hasta el momento en que el sol pudiera ser útilmente observado. Dirigí mis pasos hácia una extensa bahía, formada entre el acantilado granítico de la ribera.

Puedo decir que allí, y hasta donde se extendía la vista alrededor de nosotros, la tierra y los témpanos estaban atestados de mamíferos marinos, y busqué involuntariamente con la vista al viejo Proteo, el mitológico pastor que guardaba aquellos inmensos rebaños de Neptuno. Eran especialmente focas, que formaban grupos distintos, machos y hembras, el padre vigilando á la familia, la madre amamantando á sus pequeñuelos, y los hijos ya fuertes, aunque jóvenes, emancipándose á cierta distancia. Cuando estos animales querían moverse, andaban á saltos cortos, debidos á la contracción de su cuerpo, ó se ayudaban torpemente con su imperfecta nadadora, que en el manatí, congénere suyo, forma un verdadero brazo. Debo decir que en el agua, su elemento por excelencia, aquellos animales de espina dorsal movable, de cuerpo posterior estrecho, de pelo raso y tupido, y de pies palmeados, nadan admirablemente. Cuando descansaban en tierra, tomaban actitudes sumamente graciosas. Por eso los antiguos, al observar su dulce fisonomía, su mirada expresiva, que compite con la más bella ojeada de la mujer, sus ojos aterciopelados y claros, sus posturas encantadoras, los poetizaron á su manera, haciendo de los machos, tritones, y de las hembras, sirenas.

Hice observar á Consejo el desarrollo considerable de los lóbulos cerebrales en estos inteligentes cetáceos. Ningun mamífero, exceptuado el hombre, tiene la materia cerebral más rica. Por eso las focas son susceptibles de recibir cierta educación, domesticándose fácilmente; y pienso con ciertos naturalistas que, convenientemente amaestradas, podrían prestar grandes servicios como perros de pesca.

La mayor parte de estos animales dormían sobre las peñas ó sobre la arena. Entre estas focas, que no tienen orejas externas — diferenciándose en esto de las otarias, cuyo órgano auricular es sobresaliente — observé algunas variedades de estenorincos, de tres metros de largo, de pelo blanco, con cabeza de dogo, armados con diez dientes en cada mandíbula, cuatro incisivos arriba y abajo, y dos grandes caninos cortados á modo de flor de lis. Había también elefantes marinos, especie de focas de trompa corta y movable, gigantes de la especie, y que tienen una circunferencia de veinte pies por una longitud de diez metros. Ningun movimiento hacían al acercarnos.

—No son animales peligrosos? dijo Consejo.

—No, á no ser que se les ataque. Cuando una foca defiende á su cria, su furor es terrible, y no es raro que despedacen la embarcacion de los pescadores.

—Está en su derecho, replicó Consejo.

—No digo que no.

Dós millas más léjos fuimos detenidos por el promontorio que protegia la bahía contra los vientos del Sur. Estaba á plomo sobre el mar, produciendo la resaca sobre él espumosos torbellinos. Más allá se escuchaban formidables mugidos, cual si procedieran de un rebaño de rumiantes.

—Eso parece un concierto de toros, dijo Consejo.

—No, es un concierto de morsos.

—Riñen?

—Ó riñen ó juegan.

—Si al señor no le disgusta, debemos verlo.

—Vamos á verlo, Consejo.

Y nos pusimos á trepar las ennegrecidas rocas, en medio de imprevistos derrumbamientos, y pisando piedras que el hielo hacía muy resbaladizas. Más de una vez rodé por el suelo, en detrimento de mis caderas. Consejo, más prudente ó más fuerte, casi no tropezaba, y acudía á levantarme, diciendo:

—Si el señor quisiera tener la bondad de separar las piernas, conservaría mejor el equilibrio.

Llegado á la arista superior del promontorio, apercibí una vasta llanura blanca cubierta de morsos que estaban jugueteando, exhalando alaridos de alegría y no de corage.

Los morsos ó vacas marinas se parecen á las focas por la forma de su cuerpo y por la disposicion de sus miembros; pero carecen de dientes caninos é incisivos en su mandíbula inferior; y en cuanto á los caninos superiores, son dos colmillos de ochenta centímetros de largo por tres en la circunferencia del alveolo. Son de un marfil compacto, sin estrías, más duro que el de los elefantes y ménos propenso á tomar el matiz amarillo, por cuyo motivo son muy apreciados. Asi es que los morsos se ven perseguidos por una caza inconsiderada que los aniquilará muy pronto, puesto que los cazadores, acabando con las hembras preñadas y jóvenes, destruyen cada año más de cuatro mil.

Al pasar cerca de tan curiosos animales, pude examinarlos á gusto mio, porque no se movian. Su piel es gruesa y rugosa, de color aleonado tirando al rojo rubio, su pelo corto y poco tupido. Tenian algunos la longitud de cuatro metros. Más tranquilos y ménos recelosos que sus congéneres del Norte, no confiaban á centinelas escogidos el cuidado de vigilar el acceso de su campamento.

Despues de haber examinado aquella poblacion de morsos, debí pensar en el regreso. Eran las once, y si el capitán Nemo se hallaba en condiciones favorables para observar, queria yo estar presente á la operacion. No era de esperar, sin embargo, que el sol pudiera verse tampoco en este dia, pues lo ocultaban las nubes amontonadas sobre el horizonte, pareciendo que el astro, celoso, no queria revelar á los séres humanos aquel punto inaccesible del Globo.

Emprendimos nuestra marcha hácia el *Nautilus*, siguiendo un estrecho sendero que corria sobre la cumbre del acantilado. Á las once y média estábamos en el punto de desembarque. El bote habia ya traído al capitán, á quien vi de pie sobre una peña de basalto y con los instrumentos á su lado. Su mirada se fijaba en el horizonte hácia el Norte, junto al cual describia entónces el sol su prolongada curva.

Me coloqué junto á él, y aguardé sin hablar. Llegó medio dia y tampoco pudo apercibirse el sol.

Era fatalidad; tampoco teníamos observacion. Si al dia siguiente no se verificase, teníamos que renunciar definitivamente á marcar nuestra situacion.

En efecto, era precisamente el 20 de Marzo. Al día siguiente, 21, que era el del equinoccio, y sin tener en cuenta la refracción, el sol debía desaparecer para seis meses, empezando la larga noche polar. Desde el equinoccio de Setiembre, había salido del horizonte septentrional, elevándose por medio de espirales prolongadas hasta el 21 de Diciembre. Desde esta época, solsticio de las regiones australes, había empezado á bajar, y al siguiente día debía enviarles sus últimos fulgores.

Comuniqué mis observaciones y mis temores al capitán Nemo.

—Teneis razon, señor Aronnax, me dijo; y si mañana no obtengo la altura del sol, no podré repetir la operación hasta dentro de seis meses. Pero también precisamente porque los azares de mi navegación me han traído el 21 de Marzo á estos mares, mi punto será fácil de marcar, cuando á las doce el sol se muestre á nuestra vista.

—Por qué, capitán?

—Porque cuando el astro del día describe espirales tan prolongadas, es difícil medir exactamente su altura sobre el horizonte, y los instrumentos pueden cometer graves errores.

—Cómo vais, pues, á proceder?

—No emplearé más que mi cronómetro, me respondió el capitán Nemo. Si mañana, 21 de Marzo á las doce, cuando el disco del sol, teniendo en cuenta su refracción, esté exactamente cortado por el horizonte del Norte, será que me encuentre en el Polo Sur.

—En efecto, dije; pero esta afirmación no es matemáticamente rigurosa, porque el equinoccio no coincide necesariamente con la hora de medio día.

—Sin duda; pero el error no será de cien metros, y no necesitamos más. Hasta mañana, pues.

El capitán Nemo volvió á bordo. Consejo y yo quedamos en tierra hasta las cinco, recorriendo la playa, observando y estudiando. No recogí objeto ninguno curioso, como no fuese un huevo de pinguino, notable por su tamaño, y que un aficionado hubiese pagado en mil francos. Su color bayo, las rayas y caracteres que lo adornaban cual geroglíficos, hacían de él un juguete raro. Lo entregué á Consejo, y el prudente mozo, cuidándolo como una preciosa porcelana de China, lo llevó intacto al *Nautilus*.

de Tikopia, una de las Nuevas Hébridas. Allí vino en piragua un individuo á venderle una empuñadura de espada de plata, que tenía marcados ciertos caracteres grabados al buril, pretendiendo además aquel hombre que seis años ántes, durante su permanencia en Vanikoro, habia visto á dos europeos que pertenecian á unos buques encallados desde muchos años atras en los arrecifes de la isla.

»Dillon adivinó que se trataba de los buques de La Pérouse, cuya desaparicion habia conmovido á todo el mundo. Quiso llegar á Vanikoro, donde se hallaban los despojos del naufragio, pero se lo impidieron los vientos y las corrientes.

»Dillon regresó á Calcutta, y allí supo interesar en su descubrimiento á la Sociedad Asiática y á la Compañía de las Indias. Un buque, al cual se dió el nombre de la *Indagacion*, fué entregado á sus órdenes, y partió el 23 de Enero de 1827, acompañado de un agente frances.

»La *Indagacion*, despues de haber tocado en varios puntos del Pacífico, fondeó delante de Vanikoro el 7 de Julio de 1827, en la ensenada misma de Vanú, donde flotaba el *Nautilus* en este momento.

»Allí Dillon recogió numerosos restos del naufragio, utensilios de hierro, áncoras, gazas de moton, pedreros, una bala de á diez y ocho, trozos de instrumentos astronómicos, un pedazo de coronamiento de popa, y una campana de bronce con esta inscripcion: *Bazin me hizo*; marca de la fundicion del Arsenal de Brest, hácia el año 1785. Ya no era posible la duda.

»Estuvo Dillon completando sus averiguaciones, en el mismo lugar del siniestro, hasta el mes de Octubre. Abandonando despues á Vanikoro, se dirigió á la Nueva Celandia, fondeó en Calcutta el 7 de Abril de 1828, y volvió á Francia, donde fué muy simpáticamente acogido por Carlos X.

»Pero entónces mismo, Dumont d'Urville, sin haber tenido conocimiento de los trabajos de Dillon, habia ya partido para buscar en otros lugares el teatro del naufragio. Por los informes de un ballenero se habia sabido que entre las manos de unos salvajes de la Luisiada y de la Nueva Caledonia se encontraban unas medallas y una cruz de San Luis.

»Dumont d'Urville, jefe del *Astrolabio*, fondeaba delante de

Hobart-Town, dos meses despues que Dillon se habia marchado de Vanikoro. Allí tuvo noticia de los resultados obtenidos por éste, y supo que un tal James Hobbs, segundo de la *Union*, de Calcutta, despues de tomar tierra en una isla situada á los 8° 18' de latitud Sur, y 156° 30' de longitud Este, habia observado unas barras de hierro y unas telas encarnadas, de que se servian los naturales de aquellos parajes.

»Dumont d'Urville, bastante perplejo, y no sabiendo si debia dar crédito á estas relaciones, publicadas en periódicos de poca confianza, se decidió á seguir las huellas de Dillon.

»El 10 de Febrero de 1828, el *Astrolabio* se presentó delante de Tikopia, tomó por guía é intérprete á un desertor allí establecido, se dirigió hácia Vanikoro, llegó el 12 de Febrero, bordeó sus arrecifes hasta el 14, y fondeó tambien en la ensenada de Vanú.

»El 23, algunos de los oficiales dieron la vuelta á la isla, y trajeron algunos despojos poco importantes. Los naturales, adoptando un sistema de denegaciones y evasivas, no querian llevarlos al lugar del siniestro. Esta doblez hizo creer que habian maltratado á los náufragos; y, en efecto, aparentaban temer que Dumont d'Urville hubiese venido para vengar á La Pérouse y sus infortunados compañeros.

»Pero, seducidos al fin por medio de regalos, y comprendiendo que no se trataba de castigarlos, acompañaron al segundo, M. Jacquinet, al teatro del naufragio.

»Allí, á las tres ó cuatro brazas de agua, entre los arrecifes de Pacú y de Vanú, habia anclas, cañones, y trozos de hierro y plomo, envueltos en concreciones calcáreas. El *Astrolabio* mandó á este paraje su bote y su ballenera, y no sin grandes fatigas consiguió la tripulacion retirar una áncora de mil ochocientas libras, un cañon de á ocho de hierro fundido, un galápago de plomo, y dos pedreros de cobre.

»Supo tambien Dumont d'Urville que La Pérouse, despues de haber perdido sus dos buques en los arrecifes de la isla, habia construido una embarcacion más pequeña para ir á perderse por segunda vez..... Dónde? No se sabe.

»Entónces el jefe del *Astrolabio* mandó erigir un cenotafio á la memoria del célebre navegante y de sus compañeros. Era una sim-

ple pirámide cuadrangular sentada sobre una base de corales, y en la cual no se empleó ni hierro ni ornato alguno que pudiera tentar la codicia de los naturales.

»Quiso despues Dumont d'Urville marchar; pero, estando su gente atacada por las calenturas de aquellas costas malsanas, y muy enfermo tambien él mismo, no pudo aparejar hasta el 17 de Marzo.

»Entretanto, temiendo el Gobierno frances que Dumont d'Urville no estuviese al corriente de los trabajos de Dillon, le habia enviado á Vanikoro la corbeta la *Bayonesa*, mandada por Legoarant de Tromelin, que se hallaba estacionada en la costa Oeste de América. La *Bayonesa* fondeó en Vanikoro algunos meses despues de la partida del *Astrolabio*, sin hallar ninguna noticia nueva, pero reconociendo que los salvajes habian respetado el mausoleo de La Pérouse.»

Tal es en sustancia la relacion que expuse al capitan Nemo, quien me dijo:

—¿Nadie sabe, por consiguiente, dónde pereció el tercer buque construido por los náufragos en la isla de Vanikoro?

—Nadie lo sabe.

El capitan Nemo, sin responderme nada, me indicó que le siguiera al gran salon. El *Nautilus* se sumergió algunos metros dentro de las aguas, y las ventanas se abrieron.

Entónces advertí que, entre concreciones de corales, revestidos de fungias, de sifónulas, de alciones, de cariofileas, y donde nadaban millares de peces lindísimos, como girelas, glifisidontes, ponféricos, diácopos y holocentros, yacian algunos despojos que las dragas no habian podido arrancar, tales como abrazaderas de hierro, áncoras, cañones, balas, un aparejo de cabestante, un branque, objetos todos procedentes de los buques naufragados, y ahora entapizados de flores.

Y miétras yo contemplaba aquellos restos desconsoladores, el capitan Nemo me decia con acento grave:

—La Pérouse partió el 7 de Diciembre de 1785 con sus buques la *Brújula* y el *Astrolabio*; fondeó primero en Botany-Bay; visitó el archipiélago de los Amigos, la Nueva Caledonia; se dirigió hácia Santa Cruz, y arribó á Namuka, una de las islas del grupo Ha-

paí. Después, sus embarcaciones llegaron á los arrecifes desconocidos de Vanikoro. La *Brújula*, que iba delante, tocó en la costa meridional. El *Astrolabio* vino en su auxilio, y también encalló. El primero quedó destruido casi en el acto. El segundo, varado por so-tavento, resistió algunos días. Los naturales acogieron bastante bien



á los naufragos. Éstos se instalaron en la isla, y construyeron un barco más pequeño con los despojos de los otros. Algunos marineros se quedaron voluntariamente en Vanikoro, y los demas, debilitados, enfermos, partieron con La Pérouse, y, dirigiéndose hácia las islas Salomon, perecieron con buque y todo sobre la costa occi-

dental de la principal isla del grupo, entre el cabo *Decepcion* y *Satisfaccion*.

—Y cómo lo sabeis? exclamé.

—Mirad lo que encontré en el lugar mismo del siniestro.

El capitán Nemo me enseñó una caja de hoja de lata, marcada con las armas de Francia y carcomida por las aguas salinas. La abrió, y vi un manojo de papeles amarillentos, pero legibles.

Eran las instrucciones del ministro de la Marina á La Pérouse, anotadas al márgen por mano de Luis XVI.

—Ah! es una muerte feliz para un marino! dijo entónces el capitán Nemo. ¡Tranquila es esa tumba de coral, y quiera el cielo que mis compañeros y yo no conozcamos otra jamás!

CAPÍTULO XX.

EL ESTRECHO DE TORRES.

Durante la noche del 27 al 28 de Diciembre, el *Nautilus* abandonó los parajes de Vanikoro con una velocidad excesiva. Su direccion era al Suroeste, y en tres dias recorrió las setecientas cincuenta leguas que separan el grupo de La Pérouse de la punta Sueste de la Papuasía.

El 1.º de Enero de 1863, muy de madrugada, Consejo se reunió conmigo en la plataforma.

—¿Me permitirá el señor que le felicite, como primer dia del año que es hoy?

—¿Con que te acuerdas de felicitarme, exactamente como si estuviéramos en París en el Jardin de Plantas? Acepto tus votos, y te los agradezco. Solamente tengo que hacerte una observacion; y es, que me digas lo que entiendes por felicitacion en las circunstancias que nos rodean. ¿Será éste el año que pondrá fin á nuestro cautiverio, ó seguiremos tan extraño viaje?

—Á fe mia, respondió Consejo, yo no sé qué decir al señor. Tales son las cosas curiosas que vemos, que no hemos tenido tiempo de engendrar tedio desde hace dos meses. La última maravilla siempre es la más admirable; y si esta progresion continúa, no acierto á comprender cuándo acabará. Me parece que nunca volveremos á tener semejante ocasion.

—Nunca.

—Ademas, el señor Nemo, que justifica muy bien su nombre latino, no es nada molesto para nosotros.

—Así es lo cierto, Consejo.

—Creo, pues, y no se disguste el señor, que un buen año sería el que nos permitiese verlo todo.

—Verlo todo! Quizá sería algo largo. Pero qué opina Ned-Land?

—Ned-Land piensa precisamente lo contrario, respondió Consejo. Es un ente positivo y un estómago imperioso. No le basta estar siempre viendo peces y no comer otra cosa. La falta de vino, de pan, de carne, no conviene á un sajon, para quien son familiares los beefsteaks, y á quien no asustan ni el brandy ni el gin, tomados en cantidad moderada.

—Por lo que á mí toca, Consejo, no es eso lo que me inquieta, y me va muy bien con el régimen de bordo.

—Lo mismo me pasa á mí, respondió Consejo. Por eso, igual me da quedarme que á Ned-Land escaparse. Por consiguiente, si el año que empieza no es bueno para mí, lo será para él, y recíprocamente. De esta suerte siempre habrá alguno que salga satisfecho. Y por último, para concluir, deseo lo que al señor más le plazca.

—Gracias, Consejo; pero aplazaremos para otra ocasion la cuestion de aguinaldo, y la sustituiremos provisionalmente con un apretón de manos, pues de otra cosa no dispongo.

—Nunca ha sido el señor tan generoso, respondió Consejo.

Y despues de decir esto el buen muchacho, se retiró.

El 2 de Enero habíamos andado once mil trescientas cuarenta millas, sean cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japon. Ante el espolon del *Nautilus* se extendian los peligrosos parajes del mar de coral, en la costa Nordeste de la Australia. Nuestro barco bordeaba á distancia de algunas millas aquel temible banco en donde los buques de Cook estuvieron á punto de perderse el 10 de Junio de 1770. El bajel montado por Cook dió en la peña, y, si no fué á pique, consistió en que el trozo de coral desprendido por el choque quedó empotrado en la fractura del casco.

Mucho hubiera yo deseado visitar aquel arrecife, que tenía trescientas sesenta leguas, y contra el cual la mar, siempre gruesa, se quebraba con formidable intensidad, semejante al estrépito del trueno. Pero en este momento los planos inclinados del *Nautilus* nos llevaban á gran profundidad, y nada pude ver de aquellas elevadas

murallas coralígenas, debiendo satisfacerme con el espectáculo de algunos peces traídos por nuestras redes. Entre otros, observé unos germones, especie de escombros grandes como atunes, de costados azulados, y rayados con listas transversales, que desaparecen con la vida del animal. Estos peces nos acompañaban por bandadas, y dieron á nuestra mesa una carne excesivamente delicada. Se cogieron también muchos esparos vertores, largos de medio decímetro, con sabor de dorada, y pirápedos volantes, verdaderas golondrinas submarinas, que en las noches oscuras rayan alternativamente los aires y las aguas con brillos fosfóricos. Entre los moluscos y zoófitos, salieron enredados en las mallas de la barredera diferentes especies de alcionarias, ursinos, martillos, espuelas, cuadrantes, ceritas y hialas. La flora estaba representada por bellísimas algas flotantes, laminarias y macrocístas, impregnadas con el mucílago desprendido de sus poros, y entre las cuales recogí una admirable *Nemastona geliniaroides*, que fué clasificada con las curiosidades naturales del Museo.

Dos días después de haber atravesado el mar de Coral, el 4 de Enero, dimos vista á las costas de la Papuasía. Entónces el capitán Nemo me comunicó su intento de llegar al Océano Índico por el Estrecho de Torres, sin añadir más, lo cual complació á Ned-Land, porque este rumbo nos acercaba á los mares europeos.

El estrecho de Torres es considerado como no ménos peligroso por los escollos de que está erizado, que por los salvajes naturales que frecuentan sus costas. Se halla situado entre la Nueva Holanda y la grande isla de la Papuasía, llamada también Nueva Guinea.

La Papuasía tiene cuatrocientas leguas de longitud por ciento treinta de anchura, y una superficie de cuarenta mil leguas geográficas. Se encuentra entre los $0^{\circ} 19'$ y $10^{\circ} 2'$ de latitud meridional, y entre los $128^{\circ} 23'$ y $146^{\circ} 15'$ de longitud. Á las doce, mientras que el segundo tomaba la altura del sol, divisé los montes Arfalxs, elevados por planos y terminados por picos agudos.

Esta tierra, descubierta en 1511 por el portugués Francisco Serrano, fué visitada sucesivamente, por D. José de Meneses, en 1526; por Grijalba, en 1527; por Alvar de Saavedra, en 1528; por Íñigo Ortiz, en 1545; por el holandés Shouten, en 1616; por Nicolás Sruic, en 1753; por Tasman, Dampier, Fumel, Carteret, Edwards,

Bougainville, Cook, Forrest, Mac Cluer, Entrecasteaux, en 1792; por Duperrey, en 1823, y por Dumont d'Urville, en 1827. «Es el foco de los negros que ocupan toda la Malasia,» ha dicho Rienzi; y no habia yo sospechado que los azares de nuestra navegacion me iban á poner en presencia de los temibles Andaménos.

El *Nautilus* se presentó pues á la entrada del estrecho más peligroso del mundo, de aquel que los navegantes más atrevidos se arriesgan apénas á pasar; estrecho que Luis Paz de Torres afrontó al regresar de los mares del Sur en la Melanesia, y en el cual, en 1840, las corbetas varadas de Dumont d'Urville estuvieron á punto de perderse por completo. El mismo *Nautilus*, superior á todos los peligros del mar, iba á ponerse en contacto con los arrecifes coralíferos.

El estrecho de Torres tiene unas treinta y cuatro leguas de ancho, pero está obstruido por una cantidad innumerable de islas, islotes, rompientes, peñas, que casi imposibilitan su navegacion. En su consecuencia, el capitán Nemo tomó todas las precauciones exigidas para atravesarlo. El *Nautilus*, flotando á flor de agua, avanzaba con moderado andar. Su hélice batía con lentitud, cual una cola de cetáceo, aquellas peligrosas aguas.

Aprovechando la situacion, mis dos compañeros y yo habíamos subido á la plataforma, siempre desierta. Delante de nosotros se elevaba la camareta ó tambucho del timonel, y, si no me engaño, allí debia estar el capitán Nemo dirigiendo por sí mismo su embarcacion.

Tenía yo á la vista los excelentes mapas del estrecho de Torres, trazados por el ingeniero hidrógrafo Vincendon Dumoulin, y por el alférez de navío Coupvent-Desbois, hoy almirante, que formaban parte del Estado Mayor de Dumont d'Urville durante su último viaje de circunnavegacion. Estos mapas y los del capitán King son los mejores que pueden servir para desentrañar el intrincado laberinto de aquel angosto pasaje, y yo los consultaba con escrupulosa atencion.

Alrededor del *Nautilus* el mar bullia con furia. La corriente de oleadas que venía del Sueste al Noroeste, con una velocidad de dos millas y media, se quebraba sobre los corales que asomaban por diferentes puntos.

Qué mar tan encrespada! dijo Ned-Land.

—Detestable, en efecto, respondí; y por cierto que no puede convenir á un barco como el *Nautilus*.

—Preciso es, repuso el arponero, que ese condenado de capitán esté bien seguro de su derrotero, porque veo por ahí unas masas de corales que despedazarían este buque, áun cuando no hiciera más que rozarlos.

En efecto, la situación era peligrosa; pero el *Nautilus* parecía deslizarse como por encanto en medio de aquellos furiosos escollos. No siguió exactamente el camino del *Astrolabio* y de la *Celosa*, que fueron tan fatales á Dumont d'Urville. Tomó más al Norte; bordeó la isla Murray, y volvió al Sueste, hácia el paso de Cumberland. Yo creí que iba á varar, cuando, remontándose por el Noroeste, se dirigió, por entre una gran cantidad de islas é islotes poco conocidos, hácia la isla Tund y el canal Malo.

Estábame ocurriendo si el capitán Nemo, imprudente hasta la demencia, quería empeñar su buque en aquel canalijo donde tocaron las dos corbetas de Dumont d'Urville, cuando, modificando por segunda vez su dirección y cortando recto al Oeste, se encaminó hácia la isla Gueboroar.

Eran las tres de la tarde. El oleaje se quebrantaba sobre las peñas, estando las aguas casi en pleamar. El *Nautilus* se acercó á la isla, que todavía se me representa á la imaginación con su franja de péndanos. La estábamos bordeando á ménos de dos millas.

De repente un choque me derribó. El *Nautilus* acababa de tocar en un escollo, y se quedó parado, dando una ligera zaborra sobre babor.

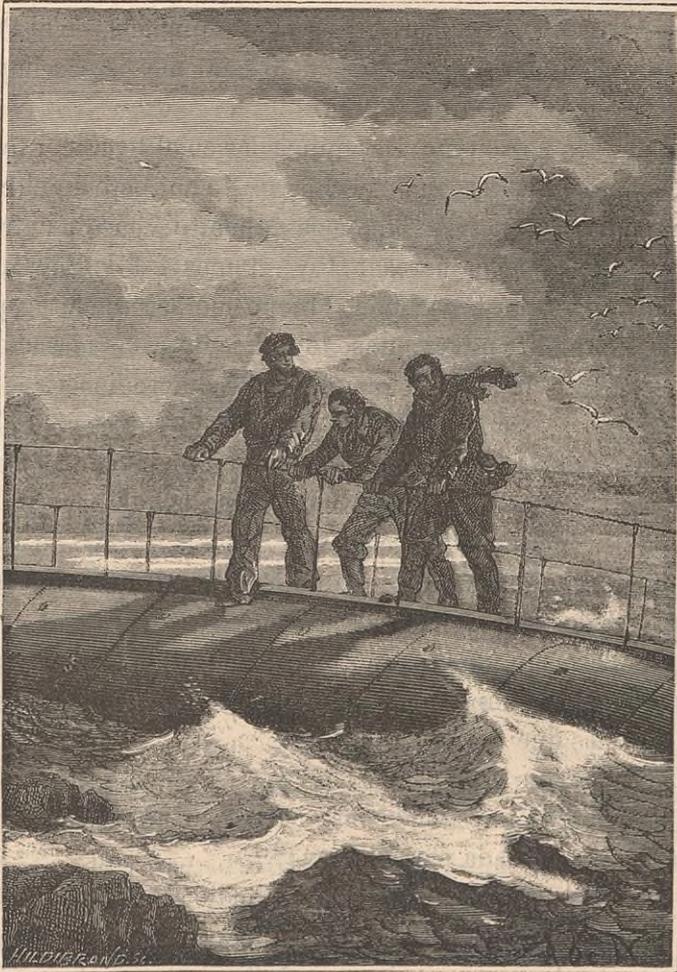
Cuando me levanté, divisé sobre la plataforma al capitán Nemo y á su segundo. Estaban examinando la situación del buque, mientras hablaban algunas palabras en su lengua incomprensible.

La situación era la siguiente. Á dos millas por estribor aparecía la isla Gueboroar, cuya costa se redondeaba del Norte al Oeste como un inmenso brazo. Por el Sur y el Este asomaban algunas cabezas de corales que el reflujo dejaba descubiertos. Habíamos varado en pleamar, y en uno de esos parajes donde las mareas son medianas, circunstancia perjudicial para ponerse á flote; pero el buque no había tenido avería alguna, gracias á la solidez de su casco. Sin embargo, aunque no podía irse á pique ni abrirse, corría

mucho riesgo de quedar para siempre preso entre aquellos escollos, y entónces acabóse el aparato submarino del capitan Nemo.

Yo me entregaba á esta meditacion, cuando el capitan, frio y sereno, siempre dueño de sí mismo, no pareciendo ni conmovido ni contrariado, se acercó, y le dije:

—Un accidente?



—No; un incidente, me respondió.

—Pero un incidente, repliqué, que os obligará tal vez á habitar de nuevo las tierras de donde huís.

El capitan Nemo me miró con aire singular, é hizo un ademan negativo, significándome con bastante claridad que nada habria que

le hiciera volver á poner los piés en un continente. Despues dijo:

—Por otra parte, señor Aronnax, el *Nautilus* no está perdido. Os llevará todavía en medio de las maravillas del Océano. Nuestro viaje principia ahora, y no deseo privarme tan pronto del honor de vuestra compañía.

—Sin embargo, capitan Nemo, exclamé sin dar importancia al giro irónico de esa frase; el *Nautilus* ha varado en el momento de pleamar. Ahora bien; las mareas no son pronunciadas en el Pacífico; y, si no podeis aligerar el *Nautilus*, lo cual me parece imposible, no concibo cómo lo sacareis á flote.

—Las mareas no son muy pronunciadas en el Pacífico, teneis razon, señor profesor, respondió el capitan Nemo; pero en el estrecho de Torres hay todavía una diferencia de metro y medio entre el nivel de las altas y bajas mareas. Hoy estamos á 4 de Enero, y dentro de cinco dias será luna llena. Mucho me sorprenderia que este complaciente satélite no levantase lo suficiente estas masas de agua y no me prestase un servicio que á él solo quiero deber.

Dicho esto, el capitan Nemo, seguido de su segundo, bajó al interior del *Nautilus*. En cuanto á éste, ya no se movia; permanecia quieto, como si los pólipos coraligenos le hubiesen ya incrustado entre su indestructible cemento.

—Y bien, señor profesor? me dijo Ned-Land, que vino hácia mí despues de haberse marchado el capitan.

—Aguardaremos, amigo Ned, con tranquilidad la marea del 9, pues parece que la luna tendrá la complacencia de ponernos á flote.

—Nada más que eso?

—Nada más que eso.

—Y ese capitan ¿no tiende sus anclas mar afuera, ni prepara su máquina, ni hace nada para espiarse? ¹

—Puesto que la marea bastará, respondió sencillamente Consejo.

El canadiense miró á Consejo, y luégo se encogió de hombros. Ned se expresaba como marino, y añadió:

—Podeis creerme cuando os digo que este pedazo de hierro ya no navegará ni encima ni debajo de las aguas. Ya no sirve más que

¹ En lenguaje marítimo, *espía* es el cabo que, amarrado á un objeto ó á un anclote, sirve para halar ó zafar una embarcacion. *Espiarse* es cobrar ó tirar de dicho cabo para obtener el efecto deseado. (N. del T.)

para vendido al peso, y creo que ha llegado el momento de abandonar la compañía del capitán Nemo.

—Amigo Ned, respondí; no desespero, como vos, de este valiente *Nautilus*, y dentro de cuatro días sabremos á qué atenernos sobre las mareas del Pacífico. Por otra parte, el consejo de huir podia ser oportuno si estuviésemos á la vista de las costas de Inglaterra ó de la Provenza; pero en los parajes de la Papuasía es otra cosa, y siempre estaremos á tiempo de acudir á este extremo si el *Nautilus* no llega á salvarse, lo cual consideraria yo como un acontecimiento grave.

—Pero no podríamos al ménos palpar ese terreno? repuso Ned-Land. Ahí tenemos una isla. En esa isla hay árboles. Debajo de esos árboles existen animales terrestres, portadores de chuletas y de roastbeefs, á los cuales daría gustoso alguna dentellada.

—Tiene razon el amigo Ned, dijo Consejo, y soy de su parecer. ¿No podría el señor obtener de su amigo el capitán Nemo que nos trasladase á tierra, aunque sólo fuera para no perder la costumbre de pisar con el pié las partes sólidas de nuestro planeta?

—Puedo preguntárselo; pero se negará.

—Arriesgue el señor la pregunta, dijo Consejo, y sabremos á qué atenernos acerca de la amabilidad del capitán.

Con sorpresa mia, el capitán Nemo me concedió el permiso que le solicité, y hasta lo hizo con mucha gracia y resolucion, sin haberme exigido la promesa de volver á bordo. Pero una fuga por las tierras de la Nueva Guinea hubiera sido peligrosísima, y nunca hubiera yo aconsejado á Ned-Lad que la intentase. Valia más ser prisionero á bordo del *Nautilus*, que caer en manos de los naturales de la Papuasía.

El bote fué puesto á nuestra disposicion para la madrugada siguiente. Demasiado sabido era que el capitán Nemo no nos acompañaria, y que no se nos daría un sólo marinero, por cuyo motivo tendria que encargarse Ned-Land de dirigir la embarcacion. Por otra parte, la tierra se hallaba á dos millas todo lo más, y para el canadiense sólo era un juego la conduccion de tan ligera canoa entre las líneas de arrecifes tan fatales á los grandes bajeles.

Al siguiente dia, 5 de Enero, el bote fué sacado de su alvéolo y echado al mar desde lo alto de la plataforma, bastando dos hom-

bres para la operacion. Los remos estaban listos, y sólo restaba embarcarnos.

Á las ocho, armados con escopetas eléctricas y con hachas, nos separábamos del *Nautilus*. Estaba el mar bastante bonancible, y la tierra nos enviaba una ligera brisa. Consejo y yo, asidos de los remos, bogábamos vigorosamente; y Ned era quien manejaba el timon, dirigiéndonos por las angostas canalijas que existian entre las peñas. El esquife se gobernaba bien, y corria con rapidez hácia la tierra.

Ned-Land no podia contener su alegría. Era un preso escapado de la cárcel, sin acordarse que debia volver á ella.

—Carne! repetia; vamos á comer carne! y qué carne! ¡Caza limpia! Nada de pan! No digo que el pescado sea malo, pero no hay que abusar de él, y un trozo de caza fresca, asado sobre ascuas, variará admirablemente nuestro trato ordinario.

—Goloso! respondia Consejo. La boca se me hace agua!

—Falta saber, dije, si en esos bosques hay caza, y, si habiéndola, sea de tal naturaleza que se convierta en cazadora y persiga al cazador.

—Aun así, señor Aronnax, respondió el canadiense, cuyas muelas parecian aguzarse cual el filo de una hacha, comeré tigre, solomillo de tigre, si no hay otro cuadrúpedo en la isla.

—Qué obstinado! dijo Consejo.

—Sea como fuere, repuso Ned-Land, todo animal de cuatro patas sin plumas, ó de dos patas con plumas, recibirá el saludo de mi primer tiro.

—Bueno! exclamé yo. Ya principian de nuevo las imprudencias de maese Land!

—No tengais cuidado, señor Aronnax, respondió el canadiense, y remad aprisa. No pido ni veinticinco minutos para ofreceros un plato preparado por mí.

Á las ocho y media, el bote del *Nautilus* arribó suavemente sobre una playa de arena, despues de haber atravesado con felicidad el anillo coralígeno que cercaba la isla de Gueboroar.

Luis Payne

CAPÍTULO XXI.

ALGUNOS DIAS EN TIERRA.

Al tocar en tierra quedé vivamente impresionado, mientras que Ned-Land por su parte golpeaba el suelo con el pié, cual si de él quisiera tomar posesion. No hacía, sin embargo, más que dos meses que éramos, segun expresion del capitán Nemo, los pasajeros del *Nautilus*; es decir, en realidad sus prisioneros.

En algunos minutos estuvimos á un tiro de fusil de la costa. El suelo era casi exclusivamente madreporico; pero ciertos cauces de torrentes enjutos, sembrados de restos graníticos, demostraban que la isla era debida á una formacion primordial. Todo el horizonte estaba velado por una cortina de selvas admirables, con árboles enormes, cuya altura llegaba á veces á doscientos piés, y que se enlazaban unos con otros por medio de guirnaldas de bejucos, verdaderas hamacas naturales mecidas por una ligera brisa. Allí habia mimosas, nopales, casuarinas, teques, hibiscos, péndanos, palmeras mezcladas en profusion, y al abrigo de su verde dosel, y al pié de su gigantesco tallo, crecian las orquídeas, las leguminosas y los helechos.

Pero el canadiense, dejando de observar tan bellos ejemplares de la flora papuasiana, abandonó lo agradable por lo útil. Percibió un cocotero, derribó algunos de sus frutos, los abrió, bebimos su leche y comimos su almendra con una satisfaccion que protestaba contra el régimen del *Nautilus*.

—Excelente! decia Ned-Land.

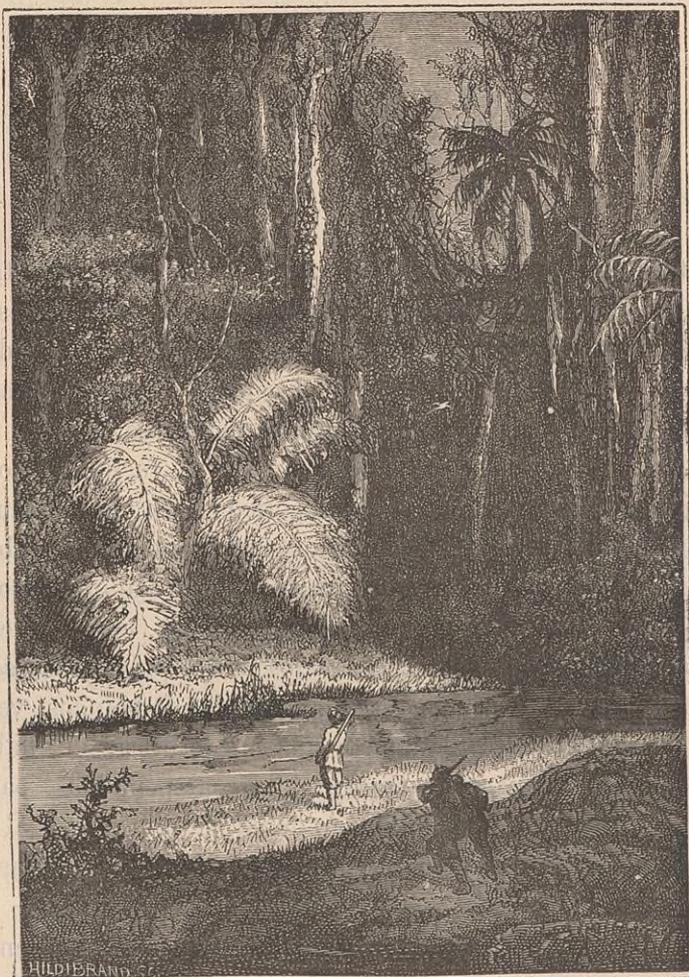
—Exquisito, respondia Consejo.

—Y yo no creo, dijo el arponero, que el capitán Nemo se oponga á que introduzcamos un cargamento de cocos á bordo.

—No lo creo, respondí, pero no querrá catarlos.

—Peor para él, dijo Consejo.

—Y mejor para nosotros, respondió Ned-Land. Así tocaremos á más.



—Sólo una palabra, señor Land, dije al arponero, que se disponía á devastar otro cocotero; el coco es una cosa buena; pero, ántes de llenar la canoa, me parece prudente reconocer si la isla produce alguna sustancia no ménos útil. Las verduras frescas serian bien recibidas en la cocina del *Nautilus*.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

Esta obra se la juzga por el cargo de suscritor en los términos y condiciones siguientes:
Toda suscripción se reputa hecha en el momento de la entrega de la obra, y no se admite devolución alguna.

DE LA VENTA DE LA MISMA OBRAS

REPARACIONES EN BOCA DE...
VARIOS TRANQUEROS...
GÓTTA Y COHIBO...

LA EXTERIOR DEL DAZTE...
Toda obra...
Este libro...

TEORIA DE LA TEMPORALIDAD

DADA LA ALMA Y DE LAS PARTES...
y recomponer en la vida futura...

REMANA Y SANTIAGO EN VERSO

por D. Ramón de Sainza...
obra...

100

100

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra ve la luz por entregas de 8 PAGINAS EN 4.º, con muchos y magníficos grabados intercalados en el texto.

Todas las semanas se repartirán dos entregas bajo su cubierta, formando toda la obra un tomo de regulares dimensiones.

El precio por suscripción es MEDIO REAL LA ENTREGA en toda España.

Terminada la obra, su precio será 10 rs. más que el de suscripción

OBRAS EN VENTA DE LA MISMA CASA.

EL INFIERNO DEL DANTE.—

Traducción clásica del Arceidiano D. Pedro Fernandez de Villegas, revisada por el Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch: exornada con treinta y siete magníficas fotografías en gran tamaño, copia fiel de los admirables dibujos hechos á pluma por el caballero Francisco Scaramuzza, Director de la Real Academia de Parma.

Esta obra, que además contiene el texto italiano, y que forma un elegantísimo volumen en gran folio, propio para regalo y para honrar la biblioteca más selecta, cuesta 360 rs. vn., y puede adquirirse por nuestros suscritores á pagar en mensualidades de 40 rs. La obra se remitirá en el acto.

De este modo facilitamos la adquisición de libro tan estimable á todas las clases de la sociedad, sin gravámenes ni sacrificios sensibles.

TEORIA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA y de las penas y recompensas en la vida futura, por D. Juan Alonso y Egulaz. Esta obrita, que tan justamente está llamando la atención de los hombres pensadores por la lucidez y alto criterio con que en ella se resuelven los más arduos problemas de la inmortalidad, véndese á 4 rs., y á 3 para nuestros suscritores.

SEMANA SANTA en verso, por D. Ramon de Satorres: *Segunda edición, corregida y aumentada.*—Esta obra, exornada con dos magníficas láminas fotografiadas, forma un volumen de trescientas veinte páginas. Véndese á 12 rs. en Madrid, en el Establecimiento tipográfico de L. Jayme, calle del Fomento, número 6, y en las principales Librerías; en Provincias, á 14 rs.

ESPARTERO: su hoja de cios, y su influjo en la Revolución española. — Un opúsculo en 4.º colcha y clara lectura, que manifiesta la más rigurosa exactitud los grandes méritos y extraordinarios servicios de este ilustre español. Su precio, 2 rs.

ATLAS CONJUGADOR DE LOS VERBOS FRANCESES.

— Por un procedimiento facilísimo é ingenioso (su autor M. Gleizes, acreditado profesor del idioma) puede aprenderse perfectamente la conjugación de todos los verbos, tanto regulares como irregulares, sin pérdida de tiempo ni fatiga de la memoria. Su precio, 6 rs., y 4 para nuestros suscritores.

CÓRTE Y CORTIJO. — Novela de costumbres contemporáneas, premiada por la *Academia Española*, original de D. Antonio Hurtado. — Edición ilustrada con láminas aparte, por Becquer y Severini. — Esta obra ve la luz por entregas de ocho páginas en 4.º

Al final de la obra se regalará una elegante cubierta de tomo.

Todas las semanas se reparten cuatro entregas bajo una cubierta de color, formando toda la obra un tomo de regulares dimensiones.

El precio por suscripción es MEDIO REAL LA ENTREGA EN TODA ESPAÑA, la cual se abona en el acto de recibirse.